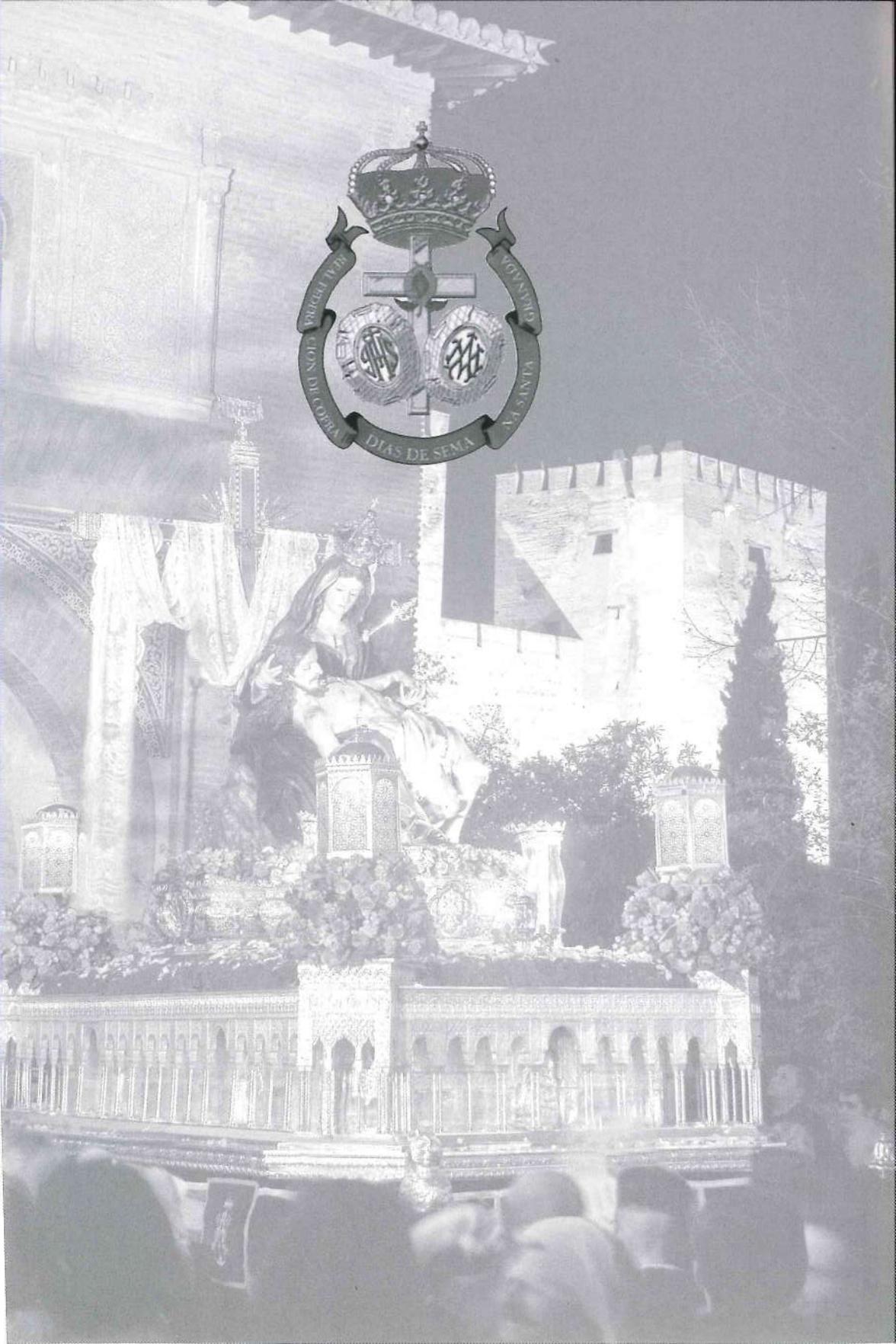




Pregón Oficial
de la SEMANA SANTA
de la Ciudad de Granada 2016



Fotografía Portada:

Autor: Luis Javier Quesada Raya

Edita:

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

© de la edición:

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

© de los textos:

JOSÉ CECILIO CABELLO VELASCO

Imprime:

Gráficas Zaidín

PREGÓN OFICIAL
de la SEMANA SANTA
de la Ciudad de Granada 2016

José Cecilio Cabello Velasco

14 de Febrero de 2016

TEATRO ISABEL LA CATÓLICA



A mi mujer y a mi hijo, por su paciencia y cariño impagables.

A mis padres y a todos los cofrades que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz. "In Memoriam".

A quienes hicieron realidad el sueño del pregonero.

A la familia León Guerra y al matrimonio Burgos -Ximénez de Cisneros, que tanto hacen por nuestra Semana Santa.



Fue ayer mismo cuando el palio, todo claridad y exuberancia, de Santa María del Triunfo descruzaba el viejo puente sobre el Genil, y regresaba a sus Vergeles sanmigueleros, plena de gracia y de gozo, al alegre son de Campanilleros. Delante, resplandeciente, el Señor de la Resurrección, fruto bendito de su vientre, Rey total y para siempre glorioso en su Pascua eterna.

Sí, fue ayer..., y ya aguardan impacientes las nuevas palmas y los ramos nuevos el inicio de su parsimoniosa danza en otra tarde de asombro soleado. Y los hebreillos, con las carillas iluminadas por la inocencia y por los luceros de sus ojos, están a punto... ¡a punto de caramelo!

¡Que repiquen desmelenadas las campanas ! ¡ que se descorran los cerrojos! ¡que se abran las puertas y las calles! ¡Ya viene, ya llega el enviado del cielo! Abrazado, como todos, a la muerte y a la vida! ¡¡¡Llega, otra vez, pletórica y deseada, la Semana Santa!!!

*

+ Señor, ábreme los labios.

Y mi boca pregonará, con temblorosa emoción, cómo conmemoran Granada y sus gentes las últimas sagradas horas de tu vida y tu misterio, de tu cruel Pasión, tu ignominiosa muerte en cruz y tu gloriosa, justa y cierta Resurrección liberadora, en el santo octavario que abarca de domingo a domingo, de Ramos a Pascua. Con nuestras luces y con nuestras sombras, a lo largo de nuestra tantas veces interrumpida historia cofradiera, a nuestro meridional modo andaluz, que no es mal modo, Señor, y bien lo sabes.

*

Introducción.

De la vera del turbio río del dolor vengo, de la ribera hostil del sufrimiento, de la orilla misma de la última esperanza. Transcurren mis días con y junto a hombres y mujeres, jóvenes y mayores, hermanos nuestros, a los que la salud, uno de los grandes tesoros del ser humano, se les ha quebrado en un sollozo. A ti, Jesús de Nazaret, que pasaste, que sigues pasando haciendo el bien, te los encomiendo con todas las veras de mi alma. Y con ellos en el corazón y la mente, aquí me tienes, Señor, dispuesto a anunciar la inminencia, un año más, de los días grandes y culminantes de tu historia viva. De tu historia con nosotros. Sea mi voz préstamo solo para elevar la pública protestación de fe en ti, Dios Hijo y hermano nuestro, en quien te envié; Dios Padre misericordioso, y en quien nos convoca e impulsa a extender el reino de paz, de justicia y de amor; Dios Espíritu Santo. Bien sé que será difícil satisfacer la expectativa y el sentir de todos y cada uno, pero os aseguro que, de un modo u otro, a cada uno y a todos os tendré presentes en mi corazón y en mis pobres palabras.

*

Pregón Oficial

Salutación.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo Metropolitano.
Excelentísimo. Sr. Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Granada.
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades Eclesiásticas, Civiles y Militares.
Ilustrísimo Sr. Presidente de la Real Federación de HH. y CC. de Semana Santa de la Ciudad de Granada.
Hermanas y Hermanos Mayores.
Juntas de Gobierno.
Señoras y Señores.
Amigos y Hermanos todos.
¡Paz y Bien!

Con la venia.

Año de la Misericordia.

Lo ha dicho el Santo Padre Francisco, siervo de los siervos de Dios: “La misericordia es la actitud divina que abraza, que acoge y que perdona”

Permítaseme comenzar invocando esa misericordia del Padre común, ante ustedes, por todos, y por mi.

-Señor, ayúdanos a descubrirnos necesitados de tu perdón misericordioso antes de querer perdonar a los hermanos. Somos pecadores, Señor, lo sabes. Aumenta en nosotros el amor por todos, y más por aquellos que nos han ofendido y difamado; porque solo perdonándolos a ellos podremos pedir que nos perdones tú. Haznos comprender que ninguna condición humana puede constituir un motivo de exclusión desde tu corazón.

*Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.
Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón
y así infundes respeto.
Mi alma espera en el Señor,
porque de él viene la misericordia.*

(Salmo 129)

También a ti, María Santísima, en esta hora de la gran misericordia, dulce Misericordia, bella Misericordia, Reina y Madre y puente de Misericordia, te pedimos que nos alcances la gracia de ser también misericordiosos.

*

Agradecimiento.

Antes de continuar, quiero agradecer profundamente a quienes han considerado suficientes mis escasos y pobres méritos, si es que algunos existen, para hallarme hoy revestido con la dignidad de pregonero de la Semana Santa de la ciudad en que mis ojos, ya cansados, intuyeron por primera vez la luz de un mayo muy lejano en el tiempo.

*

Dudas e interrogantes.

Transcurridas un par de jornadas tras haberse hecho público su nombramiento, el pregonero, que hasta entonces había recibido un auténtico aluvión de afecto y amistad, que agradeció en su momento, y vuelve a agradecer ahora, se enfrentó a la abrumadora responsabilidad que libremente había aceptado. Llegó entonces el insomnio, el miedo, la sensación de incapacidad, el pavor casi... En su soledad se preguntaba a sí mismo: ¿qué he hecho? ¿qué digo? ¿qué se espera de mi? ¿no debería haber sido otra persona, con muchos más méritos, mejores cualidades y mayor capacidad de la que yo tengo la que debiera ocupar esa tribuna de la palabra? ¿Otra persona, de las muchas que afortunadamente hay en nuestra ciudad, que despertara mayor entusiasmo, capaz de satisfacer las expectativas..., que tuviera más claro qué decir y cómo decirlo, que fuera capaz de transmitir emociones, vivencias y convicciones que llegaran al corazón de todos?

El pregonero hubiera querido huir como Jonás, y eludir su responsabilidad. Pero, ¡ya era demasiado tarde!. Entonces se levantó y fue a postrarse ante el sagrario. Desde su corazón invocó el auxilio del Señor. Y en ese momento recordó aquellas palabras de Jesús, tal que si para él hubieran sido pronunciadas: "...no os preocupéis por lo que vais a decir..., que se os inspirará..." (Mt 10, 19) Después fue a la casa de la madre de todos los granadinos, la que vive en la Carrera, bajo cuyo manto fue puesto a las pocas horas de nacer, y también pidió su ayuda. Finalmente, volvió a él la serenidad.

Si el Altísimo ha permitido que alguien tan insignificante como yo haya sido llamado a anunciar e invitar a vivir la mayor de nuestras celebraciones religiosas, Él sabrá por qué. Yo, como siempre he intentado a lo largo de mi vida, solo pretendo cumplir su santa y veraz voluntad. Os ruego, pues, seáis benevolentes conmigo.

*

En verdad es tarea difícil pregonar algo tan único y plural a la vez, como nuestra Semana Santa. Porque, ¿qué se puede decir que no hayan dicho ya mis ilustres predecesores en esta altísima y honorable tarea?

Uno, que lleva en esto del cofraderío varias décadas, ya puede volver la vista atrás y contemplar con lejana perspectiva, que aquellos entusiasmos de la juventud han menguado en gran medida, sin llegar a caer -¡eso nunca!-, en el desafecto.

Con el transcurrir inexorable del tiempo se van sumando experiencias, unas gratificantes y otras menos, algunas gozosas y otras incluso dolorosas. De estas últimas, en ocasiones se fue causante, y en ocasiones, sufridor.

Y es que, en las Hermandades y Cofradías, como en cualquier asociación, ha habido y hay situaciones difíciles y casos de irregularidades que nadie puede justificar. En sus órganos de gobierno y en sus cabildos se dan diversidad de opiniones, disparidad de criterios que deberían ser enriquecedores, y a la larga pueden terminar siéndolo, pero que, en muchos casos, no nos engañemos, son origen de desavenencias y divisiones que dicen bien poco de una asociación fraterna y solidaria de laicos. En fin, cosas propias de nuestra débil limitada condición humana, del humano error y sus, a veces, torpes afanes protagonísticos. Nada, sin embargo, que no se pueda corregir y solventar con el evangélico espíritu de humildad y diálogo que debe orientarnos, para no poner en riesgo aquello que decimos querer tanto; la Cofradía.

Por eso hemos de recordar constantemente que es sobre la sólida cimentación del vínculo fraterno desde donde se levantan los cuatro pilares que soportan el "edificio" de nuestras Hermandades, su razón de ser y existir, que son, ni más ni menos que los fines para llevar a cabo los cuales se fundó; promover el culto público, la caridad con el ejercicio de las obras de piedad y misericordia, la santificación personal y la animación con espíritu cristiano de nuestro entorno social.

De nuestra religiosidad popular.

Permitidme, hermanas y hermanos, y que sin nadie se sienta ofendido, y menos aún quienes a través de las Hermandades realizan con entrega admirable su apostolado, o a quienes a ellas acudieron un día buscando el espacio idóneo para vivir, crecer y madurar en su fe, permitidme, digo, que plantee una serie de preguntas: ¿Cuál es la imagen que tenemos de Dios y cuál la que estamos presentando, que interpretación hacemos de la vida, muerte y resurrección de Jesús, qué papel hemos asignado a su madre, María, cómo vivimos y entendemos el culto, a qué nos compromete, por qué los jóvenes, que mayoritariamente manifiestan vivir alejados de la Iglesia, sin embargo, participan en estas manifestaciones, qué les aportamos, qué trabajo se podría realizar con ellos?

De la sinceridad valiente y honrada de nuestras respuestas depende, no solo el presente, sino, sobre todo, el futuro de estas asociaciones religiosas, su valor y utilidad.

La religión y la religiosidad no son algo separado de la vida, sino que surge y se realiza en ella. Al margen de lo humano, no tienen valor ni fuerza. No se trata de una cre-

encia abstracta en Dios, sino de identificarse con una persona y con los valores humanos por los que vivió, luchó y murió Jesús de Nazaret, en quien se nos revela un Dios Padre amoroso que cuida de sus criaturas. Este es el significado de la Semana Santa, que solo sirve y alcanza pleno sentido si nos lleva a entender que la pobreza y la injusticia son pecados que causan la pasión de Jesús, desde la cual se establece la relación con Dios. Por eso no puede ser un mero recuerdo histórico, sin consecuencias para nuestra actualidad, sino un mensaje de salvación, que compromete con la fraternidad y la solidaridad humana hoy.

Las imágenes que procesionamos reflejan en sí lo humano y lo divino. Por eso nuestra Semana Santa es teología en imágenes. Lo expresó magníficamente el periodista y cofrade Carlos Colón: «Las Imágenes son la Palabra de Dios esculpida y la cofradía en procesión es la predicación en la calle». En la cruz se manifiesta la vida. Así como el crucificado es el Gran Poder y la Amargura es también la Esperanza, la pasión lleva a la muerte de la que surge la vida. El pueblo se identifica con las imágenes, porque reflejan las penas y los sufrimientos de todos los hombres que encuentran una respuesta en el dolor del Nazareno y la Madre dolorosa, que como tantas madres, siempre está, aunque en un segundo plano. “Nuestro Padre” y “Nuestra Madre” los llama el pueblo andaluz. A través de ellos se busca a un Dios cercano y misericordioso que les acompañe. Quien busca a Dios en las iglesias y no lo encuentra en medio de la experiencia cotidiana, está cercano a las personas religiosas que mataron al Nazareno. Buscar a la divinidad en espacios, tiempos, rituales y ceremonias separadas de la vida, es contradictorio con una religión que cree en la filiación divina del crucificado, que pagó con su vida la lucha por realizar el reino de Dios en la sociedad.

Esto nos debería llevar a replantearnos seriamente nuestra forma de ser cofrades, de sentirnos y de actuar cofrademente. Y a la luz de Jesucristo hemos responder con coherencia y decisión a esa vocación. Porque, a estas alturas, nadie debiera dudar de que ser cofrade es dar respuesta a una vocación de apostolado. Y esa respuesta va más allá de inscribirse en una Hermandad, pagar una cuota, una papeleta de sitio, vestir un hábito, llevar una medalla pendiente del cuello y salir en procesión. Es mucho más, también, que disfrutar de un ámbito de camaradería, que con ser algo bueno, no es suficiente, y es más que un modo de defender la “tradición y el patrimonio cultural de un pueblo”. Tampoco es solo cuestión, aunque también lo sea, de satisfacer la mera experiencia sensitiva y sentimental que, aun siendo auténtica y sincera, en muchos casos no rebasa el nivel de la simple creencia carente de compromiso o de implicación alguna en la vida cotidiana.

Esforcémonos, pues, en revitalizar nuestra fe desde el fundamento y desde la piedra angular que es el mismo Cristo y su Evangelio. El papa Francisco, en su homilía de la Jornada de las Cofradías y de la Piedad Popular, en el Año de la Fe, nos orientó, con la humildad y claridad que le caracterizan: “Tenéis una misión específica e importante, -nos dijo- que es mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los

pueblos a los que pertenecéis, y lo hacéis a través de la piedad popular... en formas que incluyen los sentidos, los afectos, los símbolos de las diferentes culturas...". Sin embargo, en la Evangelii Gadium, nos advierte del peligro que podemos correr sacralizando nuestra cultura en detrimento del mensaje evangélico.

Procuremos que nuestros actos de culto y nuestras procesiones, que no son un fin en si mismos, constituyan verdaderos canales de profundización y vivencia de la fe, un medio para la transformación de las personas, de la propia Iglesia y, potencialmente, de la sociedad, al ofrecer con ellos la oportunidad de abrir otras vertientes que pueden ir de la admiración ante la belleza de nuestros pasos, al acercamiento al culto, del culto, a la formación cristiana, y de la esta, a la experiencia de fe y al ejercicio de la caridad activa y compasiva con los demás.

Un gran pregonero dijo, que si nuestras Cofradías, en otros tiempos "fueron adecuadas y convenientes, hoy son de todo punto necesarias". Y no seré yo quien diga lo contrario.

En una sociedad desbrujulada como la nuestra, hedonista, materialista, consumista, cómoda y en absoluta crisis de valores, en una sociedad en que lo religioso se pretende reducir al ámbito estrictamente privado, las Hermandades y Cofradías son un cauce de vida cristiana para los que tienen fe y quieren vivirla y testimoniarla sincera y públicamente en esta parcela de la Iglesia. Cuanta más olvido, oposición, negación y apartamiento de Dios se dé, mayor será nuestra obligación de manifestarlo Vivo y Verdadero, Presente y Operante en nuestras vidas, ante todo con nuestras obras, y, además con nuestras cofradías en la calle, pues tales adversas circunstancias, dijo Juan Pablo II, no demuestran sino que nuestra misión es "más necesaria y esperada que nunca".

Así, pues, animémonos a convertir por unos días esta Granada de nuestros amores, cielo del mundo, en una Cristianópolis o en una occidental Jerusalén de maravillas para propios y extraños, pero evitando a toda costa caer en el terreno de la mera afición, de la vulgaridad y del oropel vacío.

Salutación a Granada.

*Dios te guarde, bellísima Granada,
que por Patrona tienes a la Madre
de Angustias y dolores traspasada.
Que ella te proteja con su manto
y te consiga su llanto
el amparo del Señor.*

De mis comienzos.

Un chaveílla de apenas cuatro o cinco años sería yo, cuando por primera vez me encontré con el Nazareno. Fue una mañana de Viernes Santo. Como las campanas en-

mudecían tras los Oficios del Jueves y no volvían a sonar hasta el repique jubiloso del Sábado de Gloria, el seco y estridente sonido de la carraca suplía, por las esquinas, cruces y pretilos encuestados de “Granada la Chica”, mi querido Colomera, la misión de convocar a la austera procesión.

Sobre sencillas andas, el Señor con la cruz a cuestas. Tras él, la Virgen de los Dolores, hierática y enlutada, con un níveo pañuelo entre sus manos, y un rictus de dolor casi físico en el rostro enlagrimado, enmarcado en un fino y monjil rostrillo. Mujeres y hombres -más de las primeras, mozueltas en su mayoría-, formaban el piadoso cortejo que, sobre los cantos rodados de las empedradas calles, avanzaba al son de un par de lúgubres tambores, sobre cuyo monótono sonido, de vez en cuando, se escuchaban los metálicos agudos de una sola corneta. Las viejas, en los quicios de las puertas entreabiertas de sus casas encaladas, se santiguaban devotamente al paso de las imágenes. En un punto del recorrido, el Nazareno y la dolorosa se separaban. Ella aguardaría en la plaza a que Él subiera por la calle de la Amargura, para salir a su encuentro. Era aquél el momento culminante. El pueblo entero, allí presente, era testigo. Las dos andas se enfrentaban, y con una serie de movimientos de los portadores, se escenificaba el triste e imposible abrazo consolador de madre a Hijo. La emoción afloraba en lágrimas a los ojos de los presentes.

Así fue como cayó, sobre el surco recién abierto de mi vida, la semilla de mi vocación cofrade y semanasantera, que aún tardaría en germinar, ya inmerso en el mundillo cofrade granadino, arrimando el hombro en la necesaria fundación de Resurrección y Triunfo, o accediendo a la invitación a incorporarme al ilusionado e ilusionante proyecto del Despojado y Dulce Nombre.

¡Y aquí sigo!

*

Por qué de la Semana Santa.

En esta vida, todo tiene su origen y su por qué. La misión salvadora de Jesucristo, también.

Dios creó al hombre a su imagen y estableció que viviera en su amistad desde la libre sumisión a su creador, de quien depende, a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad. Sin embargo, atendiendo la voz seductora opuesta a Dios, el hombre se prefirió a sí mismo y quiso “ser como Dios”, pero sin Dios.

Desde entonces, y hasta hoy, el pecado invade el mundo. Algo bien evidente en los tiempos de injusticia, de violencia, de sinrazón, de amargura y muerte que vivimos.

.....

*La inocencia perdida puso el amor a prueba
y perdió la partida el padre bondadoso.
Ya estamos atrapados por el odio y la guerra;
las redes que el maligno nos tendió en sus palabras.
Adiós paz para siempre. Vida y muerte se hermanan
en la misma agonía que impulsa la existencia.
Todo es angustia inútil, perfil del desencanto.
Adiós paz en el alma.*

*Sólo furia y ruido serán nuestra fortuna
de duros desterrados, hombre errante
hasta que Dios decida dar nueva forma al Verbo
que en su nombre resista al hermoso diablo.*

(de Atrapados en el engaño. J.L. Ortiz de Lanzagorta)

Pero ni aún tras la caída fueron abandonados el hombre y la mujer por Dios, sino que Él mismo les anuncia que serán redimidos por un Mesías. Así, lo que se malogró por la desobediencia, la impaciencia y la soberbia, Cristo lo restablecerá con su humildad paciente y su obediente entrega.

Y “cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo,...para que redimiese...a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gál 4, 4-6)

En el Enmanuel, el Dios con nosotros, se cumple la aspiración humana de ser como Dios y el plan divino de revelarse al hombre y enseñarle como asemejarse a Él.

“¡ Oh, culpa feliz, que mereció tan gran redentor !” (Pregón Pascual)

*

Todo comenzó en una aldea de Nazaret, como un Albaycín chico, donde vivía una humilde y piadosa Virgen jovencilla.

*¿Quién revolotea en el aire?
Es el arcángel Gabriel
que desciende desde el cielo
a la aldea de Nazaret.
Bello y fulgurante vuela
como luz de amanecer.
En sus manos, azucenas
de algún celestial vergel.
Ha entrado en casa de Ana.
Algo allí tiene que hacer.
-¿Dónde estás niña María?*

-Estoy aquí san Gabriel.
-¡Salve, plena de gracia!
De parte de Dios te digo
que en ti el Verbo va ha nacer;
concebirás siendo virgen
y así has de permanecer.
Asombrada solo dijo:
-Hágase lo que ha de ser.
Ella quedó temblorosa...
Cumplió su misión Gabriel.
El fruto ya está en María
a punto de florecer.

Pasaron los días y los meses... Y cumplido el tiempo, nació el Mesías.

*Abrió el Amor, clarísima azucena
recién nacida de la nieve pura.*

.....

*Amor de Dios que ha roto la condena
y a ese Mundo varado en la negrura,
entre salmos de Paz, le da su Hijo.
(de la Natividad de Jesucristo, de Juan Sierra)*

*Ese es el modo en que se expresa
un Dios comprometido;
Este Niño cumple la promesa
que se hizo al hombre caído.*

Continúa la historia en Jerusalén, donde María acude para presentar a Jesús en el Templo, y escucha un nuevo anuncio, mas este ya no es de gozo.

*En la Casa de Dios hay Alegría
porque presentas a tu hijo ante el Creador,
ese Hijo que enviado por su amor,
es hoy, en el altar, sagrada Eucaristía.*

*Revela la divina cercanía.
Se te anuncian la espada del dolor,
la cruenta redención del Buen Pastor
que dará su vida en Calvario de agonía.*

Pregón Oficial

El primer dolor, María Santísima, como espada fría, entra en tu corazón de madre. Desde entonces eres la rosa "laetare" de cada Lunes Santo granadino. Bien sabes cómo te amamos en mi casa, trashumante dolorosa. Sobre todo, desde aquél cinco de abril en que el capataz de tu paso rosa y oro puso sobre el "llamaor" la manecilla de mi hijo, con apenas cuatro años, para que diera el golpe de aquella inolvidable "levantá". ¡Gracias, Antonio!

Recordatorio de mis predecesores.

De nuevo han florecido, Ángel Luis Sabador, en sus desnudas ramas, las efímeras flores alhambrianas del macasar. El reloj de la primavera está a punto de poner en marcha sus manecillas, Jose Luis Clements. Otra vez es mediodía y estamos en Granada, José Luis Barea. Sí, se inició la cuenta atrás, Enrique Seijas. De nuevo la luz esencial de Granada nos envolverá, Juan Bustos. Una vez más, P. Enrique Iniesta, se nos viene encima el milagro del que tú nos avisaste con palabra apasionada, y del que ahora me toca a mí avisar, trayendo vuestro recuerdo emocionado. Y, como usted, Mons. Méndez Asensio, lo hago esta mañana con el corazón agradecido por el gesto de invitarme a ser el pregonero. Quién fuera capaz de hacerlo como aquél canto andaluz de Jose Luis Pérez-Serrabona, o como el puro deseo de Encarna Ximénez de Cisneros. Tal como hizo José Luis Ramírez Domenech con la gran D^a Mercedes, y la inmensa mayoría de quienes cumplieron ya este honorable cometido, también yo doy gracias a mis padres, que intentaron enseñarme, como mejor supieron, a vivir la aventura de la vida. A los nombrados y a los no olvidados, a todos y cada uno de cuantos me precedieron en la alta y hermosa encomienda de pregonar nuestra Semana Santa, a los que seguís estando entre nosotros -hasta que Dios quiera-, y a los que ya se encontraron cara a cara con el Cristo de su devoción en la Pascua eterna celestial, quiero rendir, aquí y ahora, os invito a sumarnos, amigos, el homenaje de nuestro mejor y agradecido aplauso.

*

Granada sigue igual a sí misma. Lo dijo Nicolás María López, y, con sus mismas palabras, lo repito yo ahora: "Venid a Granada los que anheláis la intensidad del goce". Aunque el viajero que a ella viene hambriento de belleza verá colmado con creces su deseo, conocerá una Semana Santa que no es la misma que nuestro Federico recordaba y describía tan interior y silenciosa, pues son estos otros tiempos. Hoy aquella Semana Santa, poética pero pobretona, se ha engrandecido y enriquecido, se ha popularizado, sin perder emoción religiosa. Seguro estoy de que, si aún estuviera entre nosotros aquel trovador fuenterrino y cofrade alhambrenño tan dado a lo popular, habría asimilado de buen grado tal evolución, y exaltaría el deslumbrante buen gusto y el inmenso cariño puesto por los cofrades "granaños" de las trentidos hermandades en la presentación de los cincuentinueve pasos con que se revive la pasión del Nazareno y la compasión de su Madre Virgen.

*

Para mi desgracia, el calendario se ha acordado tanto este año, que me han dejado sin el poético recurso a una primavera de bienvenida a la próxima Semana Mayor, pues ésta llega antes que aquella. Así es que se nos hará presente el mismo Lunes Santo, sobre el silvestre alfombrado del Huerto de los Olivos, en el Getsemaní reallejeño, donde ora Dios mismo arrodillado, y desde allí, sigilosa, se irá expandiendo por toda Granada, casi sin que nos demos cuenta, chiquitilla y genuina. Poco a poco, vestirá de tiernos verdes la Vega, los valles y las colinas. Y encaramada a los árboles, prendida a los arbustos, hará que las yemas otoñales rompan en tiernas hojas y preciosas flores, todas nuevas, como ofrenda que adornará la casi paradisíaca perfección de una ciudad, la más soñada. Traerá, eso esperamos -ojalá yerre el pronóstico del cabañuelista- el sol radiante, el cielo soberano, en tanto que la nieve próxima y el aire luminoso nos conservan idénticos a nosotros mismos a lo largo del tiempo, y nos devuelven la imagen de nuestra vida en perspectiva, pudiendo comprobar, entonces, que somos los mismos, pero diferentes.

De nuestra Semana Santa y sus pregones.

No osará el pregonero, con su pobre pregón, igualar siquiera ese otro, el auténtico, el que, día a día, sin alharacas, dais quienes sois cofrades comprometidos, mujeres y hombres anónimos, con vuestro testimonio de fe, de esperanza, de caridad y trabajo silencioso. O el gran pregón multitudinario, el pregón absolutamente único e insuperable, que no es otro que el que eleva el alma de Granada a los pies del Señor de los Favores, a las tres en punto de la tarde del más santo de los viernes. Pregón que es un silente grito unánime que nunca nadie podrá acallar, pues, aún cuando parecen avecinarse tiempos adversos para los creyentes en Cristo y en la Católica Iglesia, tiempos en que oscuros intereses nada ecuanímenes tal vez quieran marginar y reducir a la esfera estrictamente privada nuestras creencias, nuestros sentimientos religiosos, nuestras tradiciones y manifestaciones, tan incardinadas en la cultura de esta nuestra tierra, pretendiendo silenciar la voz de gran parte de nuestro pueblo, ignorando nuestros derechos, ese pregón culminante del Campo del Príncipe no conseguirán acallararlo, pero si acaso llegaran a imponerse tales abusivos criterios, tengamos la certeza de que se cumplirían, una vez más, las palabras del Maestro y Señor: «...si éstos callaran, las piedras clamarán» (Lc 19, 39)

¿Y qué son sino pregones las fotografías y pinturas, derroche de sensibilidad de sus autores, capaces de detener el tiempo en un instante, que convertidas en carteles, imágenes de imágenes, anuncian nuestra Semana Mayor? Y pregones musicales son las marchas de inspiración granadinísima que los compositores cincelan con primor sobre el pentagrama, y las bandas hacen brillar y vibrar en los conciertos, y, finalmente, convirtiéndolas en la banda sonora de las procesiones, refulgiendo en los oídos y expresando en sus notas los más hondos sentimientos de este pueblo que acompaña el transitar de los Cristos y las Vírgenes por las calles. Y no son sino pregones fla-

mencos de pasión los jondos y escalofriantes cantes de los saeteros cuando rezan y dicen su metafísica andaluza al paso de las imágenes. Y elocuentes pregones son el silencio de las sagradas efigies en la cotidiana reconditez de los templos y capillas, y la oración íntima y secreta de los fieles devotos ante los titulares de su Hermandad, revestidos con sus túnicas nazarenas, con sus mantillas penitentes o con la ropa costalera. Todos ellos, pregoneros y pregones, insuperables, porque lo son de la mismísima gloria.

Semana Santa, la nuestra, de tradición centenaria, aunque poco conocida, si no es por el entusiasmo de investigadores e historiadores entre los que sobresalen Smolka Clarés (q.e.p.d-), los hermanos López-Guadalupe Muñoz, Antonio Padial, y más recientemente, Crespo Muñoz y Crespo Guijarro, quienes, poco a poco, van desvelando la realidad histórica de aquellas corporaciones penitenciales que constituyeron el brillante pasado cofrade y pasionista de la Granada de los siglos XVI al XX, y del que nos debemos sentir orgullosos. Para ellos nuestro efusivo agradecimiento.

De aquellas semillas sembradas en centurias pretéritas, que, como el grano, hubieron de morir, rebrotaron, ya en sazón, renovadas o nuevas Hermandades y Cofradías que, aún pasando por los períodos dificultosos de las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo, superados por el entusiasmo, el esfuerzo y la fe inquebrantables de auténticos héroes semanasaneros, gracias a los cuales, en gran medida, hoy disfrutamos de tan esplendoroso presente. ¡Cuánto debemos, también, amigos míos, a los Gómez Sánchez-Reina, Gómez Montalvo, Morell Salmerón, López Escribano, Medina Piñar, Sánchez Ramirez, Ocón Rojas, Padial Padial, Andrés Andrés, Las Anas, Pimentel; y a tantos otros a quienes les sobran méritos para formar parte de una nómina imposible de enumerar aquí y ahora, pero que todos guardamos en el cofre de nuestra memoria.

*

Las Hermandades se hacen Cofradías cuando se echan a la calle acompañando a las sagradas imágenes de sus titulares en la pública estación de penitencia. Estas imágenes son grandes obras de arte concreto y humano, talladas en estado de arrebató celestial por magineros de recia fe reflexionada y excelsa inspiración, creadores e hijos de una Escuela Escultórica que, a lo largo de sus casi cinco centurias, nos ha ido dejando un valioso legado artístico y espiritual de primerísimo orden con imágenes llenas de sentimientos interiorizados, de medida expresiva y de misticismo.

Carne modelada en la madera, a la que se le insuflan las pasiones del espíritu. Arte que vertebra la Semana Santa hasta convertirse en algo más que una demostración estética que hunde sus raíces en el Barroco.

Gubiazó a gubiazó, en la materia del leño tomaron cuerpo y forma las geniales creaciones de los Cristos y las Vírgenes, que policromadas, y con el uso de postizos como los ojos y las lágrimas de cristal, las pestañas y cabelleras naturales, los ropajes reali-

zados en telas, casi se humanizan. Imágenes que guardan una verdad que solo alcanzarán a descubrir quienes las miren con ojos puros de prejuicios y de tópicos. Entonces, ese arte abre camino a la reflexión y a la emoción.

Hoy en día también se veneran imágenes realizadas en talleres contemporáneos de fuera de nuestra ciudad, pero se puede decir que aquellas como éstas, despiertan la fe dormida cual sementera esparcida entre la multitud que contempla su discurrir penitente por las calles de la ciudad. Imaginería que abaja el misterio de Dios al hombre, y eleva al hombre al misterio mismo de Dios.

Cristos Flagelados, Coronados de Espinas, Ecce Homos, Nazarenos, Pacientes, Crucificados y Yacentes que, en su belleza plástica, conmueven el alma de quienes les ven pasar. Dolorosas, Piedades y Soledades que emocionan y despiertan emociones y fervores.

A todo esto hay que sumar el sentimiento apasionado del pueblo andaluz y su especial sentido místico, que necesita ver, tocar y besar las imágenes con sus expresiones de dolor y tristeza para poder compartir sus emociones y participar plenamente en el drama. Es la necesidad de esa trascendencia vital lo que, con su exquisito lirismo, ponen los andaluces con su inmenso y dolorido corazón.

Luego, los brillos de la luz o el movimiento de ropajes que provoca el aire, logran acentuar el realismo de la escena dolorosa que se efigia. Y a los tejidos se sumarán los bordados en sedas, oros y platas. Arte sobre arte y más arte, belleza que embellece a la belleza en torbellino apasionado de afecto y devoción inusitados, buscando, ni más ni menos, que experimentar, de algún modo, la cercanía vital, casi familiar y palpable con Jesús y con María.

Pero a la gran imaginería hay que sumar otras artes que se ha dado en llamar menores, como el diseño, la talla en madera, la orfebrería, el bordado y, cómo no, pues artes son sin duda, el modo de vestir las imágenes, de montar los pasos, de poner el adorno floral y las candelерías. De casi todas hay en Granada, a día de hoy, un magnífico plantel, gracias a la inquietud, al conocimiento, al entusiasmo y al temperamento artístico, polifacético y cofrade de muchos jóvenes de la tierra, cuyo principal afán es dignificar y embellecer aún más, si aún más se puede, nuestra Semana Santa. Ahí están los Fernández-Aragón, los Abril Vela, los Díaz Losada, Reina González, Prados Guillén, Fernández Hurtado y Costela Bolívar, los Rodríguez González, los Quirós Fernández, los Fernández Barrilao, Gómez-Höhr, Spitzley Vílchez, Arcos López, Garvía Fernández, los Cruz Jiménez, y los diversos equipos de priostía que conforman un gran listado en el que, espero lo comprendáis, no puedo alargarme más, pero al que nuestro agradecimiento siempre será infinito.

Y es que la Semana Santa de Granada, engrandecida y enriquecida gracias al esfuerzo entusiasta de las nuevas generaciones, está más viva y dinámica que nunca. Quizás porque, al fin, el cofrade granadino se hizo eco de aquello que escribiera nuestro pai-

sano poeta Rafael Guillén; “Ser hombre es cometer, conscientemente, un pecado de lesa desmesura”.

Sólo el recuerdo queda ya de aquellas procesiones tan pobres que con las mismas flores se exornaban varios pasos, de aquellas hermandades que reducían su actividad a unos pocos días previos al de la salida procesional, con los cultos a los titulares y el montaje y desmontaje de los pasos.

Hoy, en cambio, el problema es encontrar fechas del calendario libres para que las Cofradías puedan organizar actos y eventos de variadísimos tipos y con diferentes fines, entre los que no es el menor el ejercicio solidario de la caridad, con el esfuerzo añadido de procurar que no se “pisen” los de unas con los de otras, algo no siempre posible.

Desde que por septiembre se reactiva la vida de la Hermandad, ya hay quienes sueñan con las “chicotás”. Desmontado el Belén, llega el momento de las “igualás” y, sin solución de continuidad, los ensayos, los conciertos, las presentaciones de carteles y los pregones...Es el casi incontenible deseo de precipitar el gozo que está por venir, en una cuenta atrás deleitosa y calma.

*

Trescientos quince días han transcurrido desde que mi buen amigo David Rodríguez Jiménez Muriel pronunciara, aquí “mismítico”, su “¡ He dicho!” con el que culminaba su inolvidable pregón de nuestra última Semana Santa. Y son apenas treinticuatro las jornadas que nos separan de nuestro particular Año Nuevo capilliril. Estamos, pues, en plena fase REM de ensoñación del más deseado día. Ese en que la luz, que despaciosamente ha ido ganando tiempo minuto a minuto, muestra, ya sin pudor, el resplandor dorado de su triunfo, y se despliega, tibia, clara y gozosa, sobre la multitud entusiasmada, que, expectante, espera ante las puertas claveteadas de un templo repleto de ilusiones flamantes o renovadas que brotan del hondo venero, donde erupcionan a borbotones sentimientos y fervores ancestrales. De pronto, el silencio se expande como una invisible onda. Van a sonar, solemnes, esos golpes secos de la llave plateada sobre la oscura chapa cien veces repintada. Luego, el chirrido de los goznes que giran dando cumplimiento al rito esperado que inaugura, abriendo de par en par los portones, el apasionamiento incontenible de la fiesta cristiana, de la madre de todas las fiestas, de la Semana Santa en Granada. A partir de ese preciso instante en que una cruz, la primera cruz de guía, se hace parteluz en el dintel de un arco entre vaharadas de incienso, la tarde, la ciudad, la fiesta se funden y confunden por la gracia de un Dios todo epifanía, para regocijo de creyentes y llamados a creer, de estetas y penitentes, de estigmatizados y de quienes andan buscando sin saber muy bien qué, pero buscando. Es la recompensa a muchos días de impaciencia. Entonces será la hora cabal y exacta en que se iniciará el ardoroso arrebato anímico en el que el pueblo creyente recuerda la pasión, el dolor y la muerte de un hombre -Jesucristo,

Dios y hombre verdadero-, mas no solo por sus sufrimientos, sino porque resucitó. No celebramos la muerte de un fracasado, sino la Vida Nueva de un Cristo Resucitado para siempre, que, por en medio y junto a nosotros caminará comunicándonos a través de lo más humano que tenemos, los sentidos, pues tal como somos y tal como es la vida, lo que vemos, lo que palpamos, lo que sentimos, eso es lo que se nos mete, no solo en la cabeza, sino en nuestro ser y se hace vida en nosotros. Ese es el inefable milagro que, con exuberancia y rutilante belleza, posibilitan nuestras cofradías.

Mas ahora, desde la azotea de este medio día del primer domingo de la cuaresma en que, tras ser signadas nuestras frentes con la sombra de la cenicienta cruz, todo es ya palpito desatado, quiero invitaros a olvidar la rutina mecánica y estresante que la sociedad y su frenético ritmo nos impone, y a vivir este tiempo íntimo y entrañable al compás humanizante de la vida, algo que es tan querido por Dios, y tan saludable.

Hasta ese instante de plenitud que, sin duda, habrá de llegar, gocemos de unas previas esperanzadas, amigos, que un buen preámbulo prolongará las dichas y los júbilos. Y como quiera que este año, la luna se ha sumado a los "recortes" y nos ha menguado la precuaresma tan ostensiblemente, que nos vemos metidos de hoz y coz en una santa cuarentena tempranera y febrereña, os invito a no perder ni un instante, a que aprovechemos para renovar esa esencia religiosa que está en el origen fundamental de nuestra Semana Santa, ese aliento trascendente que le da su auténtico valor espiritual. Es la que alguien denominó, certeramente, "Semana Santa de interiores". Tiempo de esplendorosos altares de cultos para triduos y quinaros, de jornadas de besapiés o besamanos, de Via-crucis, todo tan importante y profundo, que hemos de procurar no banalizar viviéndolo como una simple afición.

Disfrutemos, claro está, de todo ello, y también, por qué no, de las tertulias enriquecedoras y sabrosas, de los trasnoches en las casas de hermandad rebosantes de vida, de frenética actividad, de fraternal convivencia, prólogo, que lo es, de la grandeza por la que se ha estado trabajando ilusionadamente, día a día, durante todo un año.

Y así, poco a poco, se van quebrando albores cada vez más tempranos, las tardes estiran lentamente la luz por el poniente. Inesperadamente nos sorprende una brisa diferente y más templada, un día, un coche que pasa veloz por la calzada con los cristales de la ventanilla bajados, deja escapar la ráfaga musical de una marcha que suena en la radio, o aparece una convocatoria de cultos en un escaparate... Son como señales que despiertan el mariposeo en la boca del estómago. Pero serán un muchacho y su novieta que se cruzan en nuestro camino, con sus capirotos invertidos como grandes cucuruchos apoyados sobre el hombro y "llenicos" de ilusiones, o tal vez, si por allí pasamos, la aromática caricia del incienso que se quema en la esquina de san Antón con Recogidas, o de san Jerónimo con Gran Capitán... lo que provoque un brinco alborozado del corazón que nos haga sentir que ¡ahora sí! ¡Llegó la Semana Santa!

Pregón Oficial

Los entrañables muñecos de la “agüelica castañera y del chaveílla compraor” han abandonado el escaparate y vuelto a la trastienda de “Los Italianos”, certificado, con su retirada temporal, el nacimiento de la nueva primavera, y de lo que con ella viene. Y es lo primero, la gran fiesta de esta tierra sureña en que vivimos: nuestra Semana Mayor y sus días iluminados.

Pensad, amigos, que es el tiempo propicio para rememorar la vida y la fiesta, de abrir el álbum que nos hará caer en la cuenta, lo digo una vez más, de que somos y no somos lo que éramos. De que tú y yo recordamos cómo fue, pero de distinto modo.

De la gran víspera.

La gran víspera se habrá prolongado en el interior de los templos y casas de hermandad hasta la vigilia de la madrugada que recorta la espera. Va quedando atrás el trajín preparatorio. Es la hora de ultimar, de rematar detalles. La ilusión vence al cansancio. El único afán, que todo esté como debe de estar; en su punto justo de glorificadora hermosura, a la espera de que la más límpida y azul de las mañanas amanezca, purísima y oro, tras la alta silueta nívea de Sulayr, y, luminosa como un beso divino, se deslice suavemente por sus blancas laderas, hasta la ciudad que va despertando al alborozado campaneó repicador de ese domingo de litúrgico júbilo en rojo pasión recamado de honsannas y aleluyas, de cantarinos maitines y laudes tras las celosías monjiles, de efímera victoria de cimbreantes reverenciosas palmas amarillas y verdes ramos de olivo. Domingo en que las almas vislumbran esa otra luminosidad interior, ese deleite espiritual difícil de explicar y definir, pero que anida y arde en el centro mismo de cada pecho cofrade.

Del comienzo.

Así, comienza, aquí, en nuestra Granada, la que se postra reverente sobre el mastranzo y el romero al paso majestuoso del Señor en la Custodia, la que vitorea las Angustias gloriosas y septembrinas de su Madre de Amores, así empieza, digo, la liturgia en la calle, la Semana de la Vida a cielo abierto. La conmemoración de los días que cambiaron al mundo, con una culminante realidad bella, grande y compartida. Cristo será el protagonista y, con él, el dolor, las penas todas y la amargura de María. Junto a ellos, con ellos y por ellos, varios miles de cofrades entre anónimos penitentes, devotas, sobrias y elegantes camareras enlutadas, músicos entregados a acompañar el andar de los costaleros, el movimiento de las caídas de un palio, o a convertir las notas del pentagrama en volutas de incienso y en puro sentimiento.

Todo será ya una sola y misma procesión, sin sujeción a disciplina cronológica, por amplias avenidas o estrechas callejuelas.

Y los barrios y sus gentes y sus formas de ser y de vivir lo cofrade...

*Albaycines de solera,
Realejo de señorío
con Zaidines populares
del otro lado de Río.
Vergeles y Sacromonte,
Fígares y San Antón,
la Magdalena y San Lázaro
con su viva la devoción
por Vírgenes Dolorosas
y por Cristos en Pasión,
son nuestra Semana Santa,
con su historia y tradición.
Cofradías por las calles
en penitente estación,
con su arte inigualable
dando testimoniación
de una fe que, al ser vivida
con gozo y con esperanza,
puede ser, para quien mira,
su puerta a la venturanza.*

Y pues que la belleza es una de las manifestaciones de Dios mismo, se le puede encontrar, si bien se busca, en la luz, en la sombra o el reflejo, en la fragilidad de la flor o la aspereza del cardo, en la música o en el silencio, en el bordado terciopelo o en el liso, en el andar de frente y por derecho o en el que avanza de costero a costero, en una soberbia levanta al cielo o en la imperceptible elevación en que no se mueven ni los flecos de las bambalinas del palio. En lo uno y lo otro, sin contradicción alguna, está Dios a la espera de que tú le mires con los ojos del alma, para dársete por entero.

Las calles, las plazas, las cuestas y las placetas, todo el intrincado dédalo urbano es el escenario, por momentos, cerrado y recóndito en rincones diminutos, por momentos, abierto y ostensible a la inmensidad de paisajes únicos, ¡oh, paisajes granadinos, todos creados para la gozosa contemplación del drama!- por el que transitan los cortejos penitenciales como expresión incontestable de la fe de quienes de ellos forman parte.

Han llegado las horas de la plenitud. Todo será ya caminar en busca o al encuentro de. No hay tiempo que perder. O mejor; hay que perderlo todo en el callejeo por las venas y las arterias del corazón urbano, albaycineando por intrincadas callejas de cal y luz.

Pregón Oficial

Las miradas, cegadas por el fulgor, han de procurar el reposo cada tanto. Y entonces es inevitable recordar que Granada, en su poderío, convierte a sus mujeres, de belleza entre agarena y fenicia, en emperatrices con femeniles peinetas por corona y mantillas por mantos de armiño. Y así, hasta caer cada madrugada rendidos y vencidos por la magia de los días precisos y preciosos, ebrios de sensaciones, coleccionistas de asombros e imágenes imborrables, dueños de instantes volátiles y únicos.

Nada hay como quedar dormidos saboreando el azúcar vainillado del incienso.

De nuevo en Jerusalén, o, porque más conviene, en Granada.

La cita primera e ineludible con el entusiasmo es, aún, ante el santuario del Perpetuo Socorro, de donde saldrá Jesús de Nazaret, el Maestro, el mismo que

*...entre "hosanna" y bendiciones presentía
que la muerte se acercaba poco a poco.*

A ti te hablo, a ti que me escuchas:

*¿Cuántas veces has vivido momentos parecidos?
Registra en la memoria de tu infancia.
Grabado lo llevarás en tu conciencia
desde el día feliz en que tú fuiste uno de ellos,
uno de esos niños que ahora reavivan tus recuerdos
de otras tardes luminosas, cuando confiado y dichoso,
ibas estrenado zapatos, calzón o corbatilla,
cogido de la mano, hoy añorada,
que mostraba el camino por donde transitabas
aún inocente, puro, sin heridas y querido.*

"Bendito el Rey que viene en nombre del Señor" (Lc 19, 38)

A lomos de un flamante pollino, que aquí, llamamos "borriquilla", entra el Rábbi Jesús, bajo el arco de la puerta de Elvira y su frente de almenas, en su añorada vieja calle, donde tiene casa con esbelta torre uno de los suyos, Andrés. Viene, como entonces, con sencillez, el que es rey espiritual, príncipe de la paz y justo portador de un orden nuevo. Él, el Salvador deseado por gentes con esperanza que le aclaman, sabe que entra, y no precisamente para triunfar. Su mirada, siempre misericordiosa derrite los males. Su gesto, siempre de bendición.

"Bendito es el que viene en nombre del Señor" aclaman aquellos a los que solo les queda Él.

La corona abierta de la palmera acoge, bajo el grácil movimiento de sus verdes limbos, la preciosa escena.

*Churumbeles, churumbeles,
quitad del pecho los labios.
Cantad "hosanna" al que viene
en nombre del Padre Santo.*

.....
*y cantad a san Manué
martinetes y fandangos.*

.....
*echadle flor de romero,
tiradle canela y clavo,
almendra y flor de retama,
cortadle palmas y ramos,
faralae bordaos de luna
y hacedle un arco de trapos.*

*Miradlo sobre la burra
el mejor de los gitanos,*

*como pan sin levadura,
como racimo temprano
pa jaser justisia y ley
a los pobres del barranco.*

*Miradlo como currela
con sus doce parroquianos,
esmoronaos de cosquillas,
cabales como los santos.*

(Entre palmas y palmitos III De Salterio gitano (Romancero) Juan Gutiérrez Padial)

El tapiz de la tarde se va tejiendo con la urdimbre de las emociones y la trama de los sentidos. Santiguaciones suplicantes, piadosas oraciones bisbiseadas, glorioso chiquillerío luminoso, golpes de "llamaor" y voces de capataz, melódicos sonos de vibrantes marchas, blanquecinas fumaradas de incienso, extasiásticos minutos ante el celestial movimiento de un pasopalio nimbado de resplandores, desde el que la ciudad recibirá la dulce caricia maternal de la Virgen de la Paz, la del sueño o visión infantil de mi hijo, señora del azul turqués.

¡Jerusalén, Jerusalem, la que mata a los profetas...! (Mt 23, 37)

Tras la expulsión de los cambistas y comerciantes del Templo llevada a cabo por Jesús, la suerte del Maestro estaba echada. Su enfrentamiento con las autoridades religiosas constituidas es inevitable. Estas idean una estrategia que posibilite, con nocturnidad y alevosía, apresararlo, interrogarlo y acusarlo, llevarlo a juicio y condenarlo a la crucifixión. ¡Y todo, en pocas horas!

*

“Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...” (Lc 22, 15)

Ni el gran da Vinci pudo soñar para su fresco un Cenáculo como el que el Realejo ofrece al Corpus de Pasión. Plaza de Santo Domingo, testigo de un nuevo gesto de supremo amor, de humildad y servicio sumos de Jesús; El Señor lava los pies de los apóstoles. Obras son amores... Y dijo: *“Haced también vosotros como yo he hecho”* Es su lección limpia y clara. En adelante, ya nadie podrá decirse cristiano si no “lava” los pies a sus hermanos.

Doce hombres se reúnen con su maestro en derredor de una mesa que es altar para el más grande milagro bajo el cielo, aquel en que Cristo dejó la gloria de su cuerpo en el pan y la de su sangre en el vino.

*En torno a tu mesa, Señor de los amores,
te nos diste a comer -cena de la Victoria-
para que el mundo aprendiera de memoria
que Dios se hace servidor de servidores.*

*¿Quién puede ya negarse a comprenderte
cuando eres Tú la claridad más pura?
Son tu cuerpo y tu sangre, dulce cura,
que sana el dolor y libra de la muerte.*

Cuando el misterio de la Santa Cena pase junto a la estatua de fray Luis de Granada, quizás su voz bronceada susurre al Señor:

“¿Quién de aquí en adelante estará dudoso de tu amor?”

*Amor de los amores,
tu amor hasta el extremo,
Señor de los señores,
amor de despedida,
amor, tu don supremo,
amor, ya, de por vida.*

*

“Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo” (Jn 17, 1)

Atravesando el Cobertizo de santo Domingo, llegaron al Huerto de los Olivos, en el compás de las Comendadoras. Solo Pedro, Santiago y Juan entraron con Él.

-”Orad para que podáis hacer frente a la tentación”, les dijo. Pero como la creación toda, ellos también cayeron en las redes del sueño, mientras Cristo, postrado en tierra bajo las ramas de los olivos, abandonado, gime, llora, tiembla hundido en la angustia y el pavor que le producen la certeza de su atroz destino, de su cruenta muerte y su tremendo fracaso humano. Ha comenzado a sufrir la gran tribulación.

*¡Qué tempestad de llanto, nublando luna plena,
en soledad mortal, y Luz anochecida,*

...

llenando y desbordando el cáliz de la pena!

(primera estrofa del soneto “Cenáculo-Getsemani” de Canto Eucarístico. Sebastián Urbano)

*Bajo las ramas verdiplata del olivo,
aquella noche atroz, Cristo hortelano,
hombre en la carne, con sudor y miedo,
me pareciste, más que nunca, humano.*

*En tus, ojos un fondo de tristeza
cual si fueras un pobre desgraciado,
temeroso de beber de ese cáliz
que saciara la gran sed de tus labios.*

*Lejos queda ya aquel Jesús radiante
que consolaba y hacía milagros
del que, postrado en tierra y casi roto,
se confunde con nuestro mismo barro.*

*La brisa se abrasó. Rasgó el silencio
un grito angustioso y desgarrador.
Estupefactos quedan nuestro ojos
al ver arrodillado al mismo Dios.*

Pregón Oficial

Mas Él sigue fiel a la obediencia, bebiendo hasta la última gota de ese cáliz de hiel que le desgarran las entrañas, pero sin rendirse a la desesperanza.

*Padre mío, Dios del cielo,
que sea tu voluntad
la que yo quiero.*

*Un ángel, al fin, ha aparecido.
Su plegaria ha sido oída.
Y Cristo, arrodillado, escucha estremecido.
-¿Teme a la muerte quien es vida?*

*

Cautivo ya, quien cautivaba corazones con su limpia mirada y su ardiente palabra, maniatado quien vino a traer la libertad, miradlo, solitario, que, como escribió santa Teresa de Jesús, "hay pocos amigos en tiempos de necesidad". Negado incluso por aquél que unas horas antes, había dicho estar dispuesto a ir con Él hasta la cárcel y la muerte". A pesar de todo, luminoso y digno sale por la badiana portada del templo del Sagrario.

"...Herodes...le puso una túnica blanca y lo remitió a Pilato" (Lc 23, 11)

Sí, mandó que lo vistieran con una túnica blanca, como a los locos, cuando vio que Jesús no oponía a sus burlas otra cosa que el silencio.

¿Cuántas veces llamamos loco al que no piensa ni actúa como la masa, al que obra libremente, al que habla sin doblez ni prejuicios, al que dice abiertamente lo que piensa, o calla ante las burlas y las injurias?

Loco el Cautivo, sí; mas ¡loco de amor por nosotros!

*Aún resuenan los "hosannas".
Jesús de Nazaret ya va prendido;
tres años abriendo surcos y sembrando
su palabra iluminada.*

*La verdad de su mirada inclina Cristo
ante el desprecio y las risas de la burla.
Tras él, en la distancia,
esa Mujer que llora desolada.*

*

“Pilatos tomó entonces a Jesús y lo mandó azotar” (Jn 19,1)

¡Con qué saña se emplearon en el cumplimiento de la orden!

¡Cuántos hombres y mujeres de hoy mismo, de aquí y de otras latitudes, jóvenes, padres de familia y ancianos, hermanos nuestros todos, sufren, maniatados a la columna de la ignominia...

¡Busquemos a Cristo entre estos flagelados! Nuestro mundo y sus circunstancias son, cada día, el lugar del encuentro con estos Cristo de carne y hueso. Cuanto más nos acerquemos a estas personas, más nos aproximamos al Dios del que Jesucristo es el rostro verdadero.

Ese es Jesús de la Paciencia infinita,

*Tu cuerpo, Señor, entero
ante mis ojos.
Tu cuerpo de Dios, arado
de latigazos rojos.*

Ese es Jesús del Perdón inagotable, el hijo de la Aurora, Madre y Reina del Albaycín.

*Yo pequé, mi Señor, y Tú padeces;
yo los delitos hice y Tú los pagas;
Si yo los cometí, Tú, ¿qué mereces,
que así te ofenden con sangrientas llagas?*

Cristo columnario que lleva sobre su piel, dibujado a látigo y sangre, el mapa del sufrimiento del mundo, pues, como decía Teresa de Calcuta, “...la Pasión de Cristo se está reviviendo en todas partes”.

¡ Mirémosle a los ojos cuando asome al enlosado de San Matías o al de San Miguel Bajo. O cuando pase junto a nosotros por cualquier calle ! ¡ Nos está buscando... ! Quiere que le ayudemos a cambiar la faz de la tierra, que nos unamos a Él poniéndonos de parte de los pobres, de los sufrientes, de los pecadores, de los extranjeros, de los oprimidos y explotados, de los hambrientos, de los presos y de los deshonorados, de los niños y de las mujeres violentados, de los que huyen buscando refugio de la guerra. Cristo mismo nos invita a ser misericordiosos cofrades de la gran Hermandad Universal de la que Él es el Hermano Mayor.

Tras este tremendo suplicio, Cristo era ya solo dolor.

*

Pregón Oficial

**“Le visten de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñen”
(Mc 15,17)**

En la plaza de Santo Domingo se arremolina a la espera el Realejo entero y, si cupiera, Granada toda.

Sale el Señor de la Humildad, entre el enfervorizado aplauso de los presentes.

*Te chorrea la sangre por la frente.
La corona de espinas que han trenzado,
te encaja con saña un cruel soldado,
en un juego blasfemo e insolente.*

*Proclamaronte Rey groseramente,
con desprecio cruel se te han burlado.
Una caña es tu cetro. Tu reinado,
la farsa de un disfraz irreverente.*

*Con púrpura te cubren, Ecce Homo,
escupiéndote al rostro con desprecio
tras la sacrílega mofa y encerrona*

*hay en tu rostro humildad y aplomo,
en los de tus verdugos, ira y menosprecio
al incrustar en tu sien tan cruel corona.*

Y de nuevo el maestro fray Luis, que tantas Semanas Santas ha visto pasar desde su pétreo pedestal, reconocerá ante Cristo su culpa, que es también la nuestra.

-“Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras, la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian... Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor”

Danos parte, Señor del Martes Santo, en tu humildad, y también en tu paciencia.

*

“Aquí tenéis al hombre” (Jn 19, 5)

Bajo la Alcazaba de la Sabika se da lectura a la inicua Sentencia del inocente. Un cobarde Prefecto se ha rendido a las exigencias de los sacerdotes y del pueblo manipulado. Con el ruin y cínico gesto de lavarse las manos, Pilatos quiere limpiar su conciencia, pero ni todas las aguas del Darro bastarían para ello.

“Ecce Homo” de cuerpo lacerado y carne malherida, Dios con el dogal al cuello, vencido por el fuerte, de cara al mundo que le condena.

*Jesús sentenciado a muerte.
No bastan sudor, desvelo,
cáliz, corona, flagelo,
todo un pueblo a escarnecerte.
Condenan tu cuerpo inerte,
manso Jesús de mi olvido,
a que, abierto y exprimido,
derrame toda su esencia.
Y a tan cobarde sentencia
prestas en silencio oído.*

*Y soy yo mismo quien dicto
esa sentencia villana.
De mis propios labios mana
ese negro veredicto.
Yo me declaro convicto.
Yo te negué con Simón.
Te vendí y te hice traición,
con Pilatos y con Judas.
Y aún mis culpas desanudas
y me brindas el perdón.
(Gerardo Diego)*

*

“...le quitaron la púrpura, le pusieron sus ropas y lo sacaron fuera...” (Mc 15, 20)

Por el cuadriculado barrio magdaleno camina Cristo pasionario su soledad acongojante, llevando tras de sí, prendidos a su nazarena túnica sagrada, palabras de amor, oraciones sinceras y secretas de los que sufren o sueñan, agradecidas o menesterosas, dejando, a su paso, consuelo y bendiciones.

Es Jesús del Rescate, el hombre divinal de la guejeja oscura y las manos atadas, el abandonado, el resignado Varón de Dolores que libera humanas cautividades.

*Solitario Señor de la prestancia
que, entre Gracia y Trinidad,
desde siglos habitas y vecinas.
Por las esquinas aireadas de tu barrio
te esperamos, en la rotunda certeza
de un Lunes Santo prometido.*

*Tú, "Dominus Granatae"
vendrás de nuevo a nosotros,
"Agnus Dei, qui tollis peccata mundi"
para asperjarnos con tu perdón y tu paz.
Desde el suelo levanto mis ojos
buscando la serena mirada los tuyos,
y a tus plantas dejo un beso,
y la oración que florece
en el temblor de mis labios.*

Pero no quiero dejar escapar esta nueva y excepcional ocasión, para volver a suplicaros y pedirlos, hermanos de su Cofradía, que acabéis con la soledad cautiva del Rescate. Que le deis esa misma madre que Él nos dio. Ahí la tenéis, casi frente a su capilla, silenciosa y a la espera. Ella hace familia, y seguro que sería gozosa causa que revitalizara la Cofradía y aglutinara a los hermanos.

¡A la calle, pues, también con ella!

¡El Señor se merece ese consuelo!

*¡Cómo quisiera, Rescate,
romper con tu soledad
y saber que en pos de Ti
viene Gracia y Trinidad¡.*

*

"y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario " (Jn 19, 17)

Ahora es la hora en que el Nazareno, con el Gran Poder de su Amor y Entrega, va a culminar la Amargura de su Pasión cargando con el abrumador peso de la culpa universal, hasta sucumbir bajo el madero en Tres Caídas, y, con Trabajo, ascenderá, paso a paso, tropiezo a tropiezo, del Pretorio al Calvario, altar definitivo donde, sacerdote y víctima a un tiempo, consumará su sacrificio, pagando, a precio de sangre, nuestra Redención.

Nazarenos de Granada que caminan, cruz al hombro, por cuevas del Albaycín, por zaidíneras llanuras y por céntricas callejas del Realejo y San Matías, recogiendo, a su paso, súplicas y mil secretos de cada corazón.

Nazareno del Carmelo, que por "nos padeces y sois menospreciado".

Señor del Gran Poder, que tienes en las manos nuestra esperanza encendida.

Bendito "Manuel" de franciscana humildad y ternura, luz de las gentes.

Padre de la Amargura encorvada del Via Crucis centenario, eres el refugio de los que sufren y lloran.

Y tú, Pasión, Camino, Verdad y Vida, sigue desencadenando nuestros pasos y conmoviéndonos desde tu propio nombre.

Jesús por tres veces caído, siempre brújula del mundo y proa hacia la gloria.

Cristo del Trabajo, que reclamas nuestro pedazo de pan y de justicia.

*Jesús que, con la cruz auestas, por entre nosotros pasas,
santificados sean los nombres con que Granada te invoca y te reza;
trae contigo ese reino que anuncias,
donde tu voluntad sea también la nuestra.
Danos la oportunidad de ganarnos el pan de cada día;
perdona, hoy y siempre,
si te hemos ofendido o lo hemos hecho
a algún semejante de aquellos en los que Tú te encarnas,
y enseñanos a perdonar de verdad y de corazón
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
pero, si caemos, tiéndenos tu mano, Nazareno,
y ayúdanos a levantarnos para volver a decirte:
Jesús que, con la cruz auestas, por entre nosotros pasas...*

En Polinario, por entre la multitud vecina, ella, la madre, le sigue los pasos con el alma hecha polvo y el corazón a punto de romperse. Solo se han podido cruzar la mirada. ¿Qué quisieron decirse y no pudieron? ¿Qué haces, María, con ese Consuelo marchitándose en tus labios, con esa caricia deshaciéndose en tus manos?

Ahí la tienes, Señor; ensartada en el dolor, caminando contigo.

*Compasiva Verónica, y valiente,
a empujones, casi, se aproxima,
y entre sus manos alzadas sostiene
las dobleces blancas del lienzo
con que quiere enjugar el rostro
ensangrentado y escupido de aquél reo.
Él la miró, y acercó su cara al paño.
Ella calló de rodillas y se quedó inmóvil
abrazando sobre su pecho aquella tela.
...decían que era Rey. Tal vez lo fuera...
Pero a Verónica le bastó
su retrato ensangrentado, sus heridas
y aquellos ojos que tanto le dijeron.*

Pregón Oficial

Sigue caminando, Gran Poder, hollando con las benditas plantas doloridas de tus pies de Dios el monte florecido. En la tibieza de la tarde se balancea tu sayal morado, mientras.

*Vas ganando la gracia
a cada paso que das.
Pagando en dolor y sangre
la deuda de mi ruindad.*

*Sigues hablando en silencio,
que no hacen falta palabras.
Solo con verte al pasar
sabemos de que nos hablas.*

-Señor, y después de ti, ¿qué?

-Después de mi, ¡la Esperanza!

*¡No llores más, Madre mía!
¡Por lo que más quieras, no llores!
Que son muchos los amores
que te ofrendan su alegría,
y se hacen piña de flores,
ardiente candelería,
para tus sienes, corona
de oro fino y pedrería
con que, más tarde o temprano,
serás coronada un día.
Y para tu saya y manto,
hilos de sol mediodía,
encaje de tu rostrillo,
que nadie igual lo pondría,
y palio se hacen, Señora,
de zancos a crestería,
esos tus hijos que truecan
tristeza en melancolía.
¡No llores más, Esperanza,
Madre de Dios, madre mía!
Y vosotros, “esperanzos”
no renunciéis al gran sueño
de coronar como Reina
a la “Niña de Risueño”*

Por Varela, ¡gloria al Realejo!

*Y tu, Simón de Cirene,
forzado a ayudar al Nazareno,
¿qué sentiste al rozarle, o al tocar ese madero,
para que te cambiara la expresión del rostro?
¿Acaso te dijo algo que solo tú escuchaste?
¿Te dio las gracias, o te dio la Vida?
Simón de Cirene, ¡qué suerte la tuya!*

Sí; gloria al Realejo, y ¡al cielo Tres Caídas!

En la plaza de San Juan de la Cruz, las ansias de amores del Carmelo se concretan - ¡oh dichosa ventura!- en la señera figura de Jesús Nazareno. En torno a ÉL, la noche oscura se disuelve en plenilunio rasgado de saetas con rastro de lirio caliente.

Allí te espero, Señor, con el pecho inflamado en tu amor, para decirte que

*No puedo vivir sin ti,
y es tanto lo que te quiero,
que verte, Dios, prisionero,
causa tal dolor en mí,
que muero porque no muero.*

Del alto Albaycín baja y al alto Albaycín subirá por cuestas inverosímiles el nazareno de la Pasión, el que en su amplia zancada mesiánica nos lleva y nos trae consigo. Lirio silvestre, desde niño, rey del mundo.

*¡Ay, Pasión, si yo pudiera
volar como golondrina
y desespinar la ceja
que te atraviesa esa espina!
¡Ay, Pasión, si en tu camino,
siendo mi Dios y mi amigo,
me dejaras que la cruz
pudiera llevar contigo!*

Amor y Entrega; la más bella, total, definitiva y definitoria advocación para una imagen de Cristo caminante hacia su muerte.

Jueves Santo repleto de recuerdos de candelicas en las rejas y las barandas de ventanas y balcones de las viejas casas que comprimen los estrechos callejones, por los que aún se rastrea el aroma de la esencia de clavel que esparce un pasopalio concepcionista, templete para un rostro de dolor cual no hay dos en el mundo entero.

*Tanto es tu Amor, oh Señor,
tanta tu Entrega, Cristo solidario,
que todo te nos das sin condiciones,
nazareno, cruz al hombro,
caminando solo hacia el Calvario.*

Concepción de Zafra, "Callejón de los Sentidos", por inefables chicuelinas revirará "El Manuel", por verónicas lo hará "La Concha". ¡Y yo sé por qué lo digo...!

*

"...se repartieron sus vestiduras..."(Mc 15, 24)

Dios, a la hora de hacer su "experiencia humana" optó por despojarse de su rango e insertarse entre los pobres. Y entre despojados y desposeídos anduvo siempre haciendo y sembrando el bien.

Así ha llegado hasta el Gólgota. Hecho jirones y hundido en su desamparo.

Suelta la cruz. Cristo apenas se sostiene en pie. Pretenden ahora, nuevamente, humillar aún más su dignidad despojándole de sus vestiduras y dejándolo desnudo.

No saben lo que hacen... ¡o quizás sí!

*Hombre de carne desgarrada,
¿qué locura de amor aquí te trajo?
¿por que esta desnudez no te avergüenza?
¿por qué siendo quien eres,
eres solo el Despojado?
¿por qué, Jesús, por qué, dime,
te callas y no respondes nada?
Si todo tú te das aún sin pedirte,
si tu silencio no responde a la demanda,
¿nunca sabré, Señor, cuál fue la causa?
¿Hemos de seguir tu y yo forcejeando,
empeñado yo en cubrir tu humanidad llagada,
y Tú en permanecer desnudo ante mis ojos,
hasta las en punto de la hora desolada?*

.....

*Luego, en la profunda noche negra, amarga,
en tu última noche en este mundo,
llegó el eco de una voz viril, lejana...
¡Mira en mi desnudez solo la verdad desnuda!
...mi amor te basta! ¡No quieras saber más!*

*¡No quieras saber nada!
Ahora comprendo, mi Dios,
aquella silenciosa calma,
esa desnudez tan pura,
esta obstinación preclara.
Y así, Despojada quedas
porque eres "...para Granada".*

*

**"le hicieron sentarse sobre una piedra, le pusieron la corona sobre la cabeza"
(Meditaciones de la Beata Catalina Emmerick)**

La representación del Señor sentado sobre unas piedras del Calvario, como resumen doloroso de toda la Pasión, siempre concitó gran devoción en el pueblo granadino, que vio en Él toda la tristeza y abandono del hombre-Dios, que acepta el sufrimiento y afronta la muerte como medio redentor.

No te queda más apoyo que el de tu propia mano en la soledad del patíbulo, en ese escalofrío que recorre la desnudez de tu cuerpo.

¿Qué Meditación haces, Jesús, en semejante trance?

*Entre gritos e insultos te ensimismas,
Nazareno.
Tus labios sembrados de silencio.
Y vienen a ti aquellos recuerdos...
La voz divina del Padre, hoy tan ausente,
que proclamó que Tú eras su Hijo amado
en quien se complacía.
O la voz dulce de tu madre,
la que este año irá, al fin, siguiéndote el rastro,
-mírala allá, llorando a mares.
No dejan que se acerque-
preguntándote,
"Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?"
Y aquello otro que dijo, no hace mucho,
tu amigo Pedro:
"Señor, Tú sabes que te amo"
que... "aunque todos te abandonen,
yo no te abandonaré"
¿No te duelen ahora las palabras de entonces?
Recuerdos son que se hacen llanto en tus ojos,*

*y que resbala por tu rostro.
Te sabes desnudo y tocado de muerte.
Y aún mantienes, ahora más que nunca,
que se haga su voluntad, y no la tuya.*

*No tienes miedo, ya no.
Tu sangre no puede detenerse.
Ni tan siquiera esperas un milagro
que te quite del pecho esa congoja.
Solo del amor haces razón,
al silencio del amor solo te aferras,
puesta tu mirada en quien solo tú has visto,
para que la vida florezca nuevamente
sin el perfume injusto de la muerte.*

*

“Era la hora tercia cuando lo crucificaron”. (Mc 15, 25)

No era un ingenuo, no. Contaba con que este fin podría llegar. Y llegó. Era imposible defender y pretender una vida digna para los “pobres” y “pecadores”, sin provocar la reacción de los poderosos a quienes no interesa que tal injusticia acabe. Y no es que el tal Jesús fuera un suicida. Él no buscó la crucifixión, ni corrió tras la muerte, pero...tampoco se echó atrás.

Ya está levantado en alto clavado a la cruz. Sus brazos abiertos en un abrazo universal. Coherente hasta el final. Fidelidad y obediencia de amor a la misión encomendada por su Dios y Padre. El Dios defensor de los desposeídos, de las víctimas, el Dios acogedor de los rechazados, el Dios que ofrece su amistad a quienes ni siquiera se molestan en buscarla, el Dios que quiere alcanzar al pecador incluso en su lejanía más extrema, justamente allí donde se perdió y se alejó de Él, para darle, con su perdón gratuito, su reconciliador abrazo definitivo.

El Hijo de la “Madonna”, gubiado a base de padrenuestros, tiene su viril anatomía cosida a la cruz. En ella agoniza como un pájaro sin canto, y muere de muerte verdadera.

Finalmente será Él quien imparta, a punto de Expiración, la definitiva justicia: el Perdón.

*¡Firme se te abre el Puente!
Las aguas guardan silencio,
ni un murmullo en su corriente;
¡Tragedia presagia el viento!
La brisa en la tarde santa*

mece blancos de incienso.
¡Hombres firmes! ¡duros hombres!
cofrades que en el secreto
van cargados de paciencia
con la procesión por dentro.
Como Cristo perdonando
y como Él, padeciendo.
Un hervidero de fieles
lloran lágrimas de versos,
Darro y Genil temblorosos
cubren sus aguas de negro,
mientras la torre escolapia
gime suspiros de muerto.
Un año más cruza el puente,
expirando entre su pueblo.
Lágrimas de primavera
exhalan los pensamientos
por un Dios-Hombre que muere,
por todos los hombres muertos.

“...uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza...” (Jn 19, 34)

Muerto, bien muerto está el Crucificado cuando Longínos ahonda con la lanza en su costado, abriendo una nueva llaga prodigiosa.

Para asegurar su muerte,
Longínos clavó su lanza
en el costado de Cristo.
Y de aquél pecho ya inerte,
como fuente de esperanza
y de tanto amor provisto,
brotó con sangre y con agua
aquella gran confesión:
“¡Qué gran verdad es que este hombre
era el Hijo de Dios!”

Y en semejante trance trae el Zaidín a su Cristo moreno, aquél que, según García Lorca,

...pasa
de lirio de Judea
a clavel de España.

Y con Él, desde hace treinta años, viene y va la dolorosa de la Caridad. Ella misma es el reverso del dolor. Su palio resfulge con la luz que se paga a esa familia que lo necesita para que no le corten el suministro. El llanto que resbala por sus mejillas es del mismo agua que se abona, sin que nadie se entere, para que, si alguien tiene sed, pueda beber. Las llamas de su candelería son las mismas que arden en la hornilla, la estufa o el termo de butano de ese hogar donde viven unos padres y unos hijos en paro, y sin prestación de ningún tipo, sufragado por la solidaridad fraterna. Esa, y no otra, es la Caridad que acompaña al Cristo lanceado. Me inclino ante ti, y te reverencio, gran madre de la Caridad zaidinera.

Laten al unísono los corazones creyentes de Granada a la hora suprema.

En el Campo del Príncipe, convertido en ese instante sacrosanto en el “Golgota del mundo”, se han de adorar con reverencia, una por una, sus cinco sagradas llagas, haciendo presentes, ante el pétreo Señor de los Favores, más de carne que nunca en esos instantes, a los millones de miembros de su Cuerpo social que están en permanente viacrucis, calvario y pasión, en los que Él sigue siendo crucificado en nuestro mundo. Son las llagas abiertas de sus hermanos, y hermanos nuestros, las que le duelen. Y nos deben doler también a nosotros cuando vayamos a tu presencia, Cristo favorecedor, para ver como mueres, otra vez más, en el preciso instante en que, agudo y escalofriante, suene el cornetín y, sobre el silencio sobrecogedor y orante de la muchedumbre prosternada, doblen a difunto las campanas de San Cecilio, y el ángel recoja tu Espíritu entregado al Padre.

Y aquí lo digo y lo dejo: ¿Cuándo el Cristo de los Favores, levantado por la fe de sus vecinos hace casi 376 años, va a ser proclamado patrón del Realejo? ¿Será por méritos?

*Vuelvo a ti, Padre. Qué gozosamente
me inclino y me hundo dentro de tu seno
abismal, manantial, cristal sereno
del luciente frondor de eterna fuente*

*Quiero verte y beberte, transparente,
y llenarme de ti, y quedarme lleno
y hambriento, Padre mío, Padre bueno.
¡Qué sed de Padre sufro últimamente!*

*Hoy vuelvo a ti, no solo ni vacío.
La espiga en cruz brotó con nuevos granos.
Mira: traigo agarrados a mis manos*

*Recientes hijos tuyos, mis hermanos.
¡Sonríes, Padre? Yo también sonrío.
Y a la orilla del mar, sonrío el río.*

(Vuelvo a ti, Padre. Soneto de Francisco Contreras Molina C.M.F.)

*De cruces y de veletas
Granada tiene calvarios
por colinas y placetas,
por torres y campanarios.*

Según Rafael Gómez Montero, jugueteando con otros chaveíllas, el Niño Jesús “aprendió a ver las cruces ante la cruz de La Rauda”

Cruces de plata, de taracea, de piedra o simples cruces de madera. Siempre trono de gloria, siempre patíbulo de ignominia, para el Rey de reyes.

Cristos muertos de Granada, bañados de luna grande, centenarios o de reciente creación, eternos ya, a los que las gentes profesan sincera devoción, y les rezan con fe implorante y agradecida, hoy como ayer.

Crucifijo Doloroso de San Agustín, amoroso Pelicano, con las mismas palabras del obispo hiponense te digo: “tarde te amé, oh belleza siempre antigua, siempre nueva. Tarde te amé. Tú me has llamado insistentemente, y has suprimido mi sordera. Tu has brillado con luz y has puesto mi ceguera a volar. Tu has emanado fragancia, y me he quedado sin aliento, y he suspirado por ti. Te he conocido, y he tenido hambre y sed de Ti. Tú me has tocado, y he sido encendido por tu paz.”

¡Siempre estaremos en deuda contigo, bendito protector!

*Salva al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino;
no sabe adónde va, de dónde vino
tanto dolor, que en sauce roto llora.*

*Ponlo de pie, Señor, clava tu aurora
en su costado, y sepa que es divino
despojo, polvo errante en el camino;
mas que tu luz lo inmortaliza y dora.*

*Mira, Señor, que tanto llanto, arriba,
en pleamar, oleando a la deriva,
amenaza cubrirnos con la Nada.
¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!
¡Agiganta, sostén nuestra mirada
para que aprenda, desde ahora, a verte!*

(Salmo por el hombre. Blas de Otero)

*Cristo del Consuelo,
cuerpo de canela y clavo,
junco que mece la brisa,
gitano entre los gitanos.*

En la noche del Miércoles Santo, madrugada ya del Jueves, el Sacromonte será, otra vez, una admirable mixtura de tristeza y alegría; de alegría que nace de la misma raíz, en el mismo secreto manantial de la pena negra y el dolor de todos los tiempos.

Fuego, humo, cante, palmas y vítores...

La Semana Santa en el Sacromonte que acelera los corazones hasta el delirio, tan distinta, tan pasional, tan incomprensible por tantos, y sin embargo, ¡tan universal!

Mientras Tú quieras y yo pueda, no faltaré a la cita, Consuelo mío.

*Los gitanos que le cantan
quieren descrucificarlo
y amortajarlo con flores
de lirios y jaramagos.
Y ponerlo en una cueva
que sellaran tres candados.
Pero María, la madre,
"faraona" solitaria,
dice que no; que se esperen
a que ralle la alborada,
y lo dejen en sus brazos
para cantarle una nana.*

Nadie podrá negárselo...

Crucificado salesiano de Granada, blanco como el pan blanco de la blanca hostia, como su largo sudario blanco y como el inmaculado cordero del sacrificio.

Así, pendiente del madero santo de su cruz nos alcanza Cristo la Redención, fruto nuevo del viejo árbol de la vida. Él, cual vela desgarrada por vientos de tempestad, trae consigo serena calma.

Lo dijo Don Bosco: “es necesario amar la cruz”..., en ella está la salvación y todo el amor de Dios.

*Casi en las manos sosteniendo el brío,
desprendido y pendiente el cuerpo santo
deshabitado está, ¡no alzas el llanto!
Ya tiene luz la rosa y gozo el río.*

*La muerte confirmó su señorío
sobre la carne del Señor y, en tanto,
si es sombra sana su mortal quebranto,
ya está el tiempo parado, Cristo mío;
ya está el tiempo en el mar y está cumplida
la noche en la mirada redentora
que vio la luz mirando el firmamento.*

*¡y volverá el pecado con la vida,
y clavada en la cruz está la Aurora
ya inútil al abrazo y leve al viento!*

(A Jesucristo N.S., muerto en la Cruz para salvarnos. Luis Rosales)

José de Mora obró el milagro: traspasar las fronteras del tiempo para enseñarnos la verdad bella y desnuda de la Semana Santa en su Cristo de la Misericordia, Dios mismo a una cruz clavado. Perfecto y definitivo. Tras ser abogado de varios modos, finalmente se acertó con un nombre oportuno y pleno. El de su Padre. El nombre sobre todo nombre. Y es que Él es Misericordia sin tregua ni medida...

En su augusta madrugada de plenilunio, la ciudad sale al encuentro de la gran muerte, a buscar el consolador abrazo infinito del Silencio que se echa a la calle oscura de la vida. Su blanco cuerpo, estática llamarada luminosa, va disipando el error por donde pasa.

*La noche no interrumpe,
Cristo mío,
tu historia con el hombre.
Tú haces de la noche
tiempo de salvación.*

Palpitan los corazones al verlo avanzar austero, izado a un calvario florecido de sangre redentora, entre penitentes negros, sobre el paso racheado de los pies de sus costaleros y del arrastrar de cadenas, iluminado apenas por los cuatro hachones morados, casi negros, de la muerte. Abajo, el Darro con su líquida corriente de suspiros y de llanto. Arriba, las torres encendidas de la Alhambra, corona de una Granada de luto.

Pregón Oficial

Se va apagando con la distancia el lúgubre sonido del tambor.

Tembloroso murmullo de oraciones en las bocas mientras el alma se embelesa en un éxtasis de recogimiento.

Sombras del lívido Crucificado amortajado por la luz de la luna de Nisán y el relampagué de los flases sobre la cal de las casas.

Son los poderes del encantamiento. Como dijo el poeta:

*Faltan ojos para ver,
Corazón para admirar.*

Estoy aquí, Señor, pecador dentro de mi negra túnica, con mi cinturón de esparto, oculto el rostro tras el antifaz, pero con el farol alumbrante colgando de mi mano. He venido para estar cerca de ti, para acompañarte un rato en la travesía de la noche en la que, desde lo alto de tu cruz, como siempre, irás misericordiano. Son las horas imprescindibles de mi anual penitente soliloquio. Mira la llama chica del farol que llevo, luz de arrepentimiento. Ella te dirá qué es lo que más anhela el alma que te sigue; que, aunque no soy digno, también a mi me ciñas, Señor, con tu abrazo, que resplandezca en mi la claridad de tu Silencio.

*Señor: a mi también me mueve el verte
tus ojos, ya sin luz, mirando al suelo;
Y muéveme, mi Dios, el desconsuelo
de esa soledad tuya ante la muerte.
Tanto dolor para alcanzar mi suerte
me causa hondo pesar. Me causa duelo.
Mi deuda es infinita... Todo el cielo
le das a quien no sabe merecerte.
Como el perfume que a tus pies vertía
un alma de mujer que te quería
tanto como la sed a la fontana,
así mi fe, agostada por la vida,
quisiera ser costado de tu herida
y bañarme en la sangre que ella mana.*

Las hileras de cirios llameantes van marcando el camino por el que Tú y yo, juntos, hemos de transitar.

Cristo de la Buena Muerte, el de la gran Avenida, mi más cercano vecino. Maestro sabio que enseñas el insondable valor de la muerte, precio y puerta de la vida. Tú mismo, divino grano de trigo, fecundo al caer y morir en tierra, triturado en la Pasión,

resucitarás y vivirás eternamente. Desde la fe sabemos que, unidos a ti, también nosotros resucitaremos.

*Señor, aunque no merezco
que tu escuches mi quejido;
por la muerte que has sufrido,
escucha lo que te ofrezco
y escucha lo que te pido:*

*A ofrecerte, Señor, vengo
mi ser, mi vida, mi amor,
mi alegría, mi dolor;
cuanto puedo y cuanto tengo;
cuanto me has dado, Señor.*

*Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte,
dame una vida serena
y una muerte santa y buena.
¡Cristo de la Buena Muerte!*

(Ante el Cristo de la Buena Muerte. José M^a Pemán)

Cristo mío de los Favores, arqueado “rey greñúo” de nardo y clavellina, mira cómo levantamos a ti los ojos, a ti que habitas en el Realejo, hijo de la Reina y Madre de la Misericordia, la que esperamos de vosotros.

Si de los Favores te llamamos, es porque eres el gran favorecedor de quienes a ti acudimos con el corazón suplicante.

*No dejes, Señor, que en mi soberbia
me ciegue con sus vanos resplandores;
no consientas, Señor, que los honores
me eleven del polvo de la tierra;
no permitas, Señor, que en la inmodestia
olvide que son tuyos los favores;
no admitas, Señor, que en mis errores
te acuse de abandono y de impaciencia.*

*Yo te ruego, Señor, libres al mundo
de egoísmo, mentira e impiedad;
yo te pido, Señor, que de verdad
sepamos que por ti son nuestros frutos;
y suplico, Señor, eterno indulto*

*a mi falta de amor y caridad;
te encarezco, Señor, por tu bondad,
que siembres tu semilla aquí, en mi surco.*

"...lo descolgó de la cruz..." (Mc 15, 46)

Al atardecer de azafrán encendido de la Alhambra le descendieron del patíbulo, entregándolo al abrazo impotente en el seno de su madre, la de todas las Angustias.

Contemplándote así, Tú eres, para mi, fruto quieto de su vientre bendito, el Señor de la Piedad.; así es como te veo, así como te llamo, como te adoro y te rezo, Cristo, Soberano caído, sagrada carne desgajada, inerte y fría.

*Has vuelto, Señor, a sus brazos,
como cuando eras chico.
Descansa en su halda de mirra,
el más sagrado altar de sacrificio.*

Y tú, Señora Soberana, sumida en el desconsuelo de un ¿por qué?, eres la única que ha sostenido en sus brazos todo el peso de un Dios vivo y todo el peso de un Dios muerto. El de tu propio Hijo.

Se ha cumplido exactamente el triste vaticinio de Simeón .

En tu alma, María, se irguió entonces una oscura borrasca que amenazaba apagar la llama de tu fe aún palpitante. Pero ni la fe, ni la confianza, ni el amor se te vinieron abajo, madre, ante esa nueva manifestación incomprensible de la voluntad de Dios. Volvió a tu memoria aquél anuncio y tu respuesta: ¡ Hágase tu voluntad !

*Acoge en su regazo al hijo muerto,
en la cruz del rencor crucificado;
sombra y silencio envuelven su alma,
y el dolor que se clava en su costado.
Dura escena en el mundo repetida
desde el día en que a Caín Dios lo maldijo;
y cada madre llora amargamente
la injusta muerte de su propio hijo.
Multitud de Marías dolorosas
surgirán por la extensa geografía,
en sus brazos diversos Cristos muertos,
pero en el alma, idéntica agonía.*

*

...lo envolvió en una sábana limpia...” (Mt 27, 59)

Cristo del Descendimiento, apartado a duras penas de tu madre, yacente secular de mi Granada,

*No cabe más amor,
ni amor más fuerte,
que el amor de los amores.
Ni existe un resplandor de resplandores,
como el halo de tu cuerpo inerte,
Señor de los señores.*

*

“...y lo puso en un sepulcro...en el que nadie había sido puesto todavía”.
(Lc 23, 53)

Con dolor definitivo se desprende María del hijo de sus entrañas diciendo:

-Dadle sepultura, sí. Y que el sepulcro le acoja mejor que le acogió el hombre. Tomad para su mortaja las telas de mi corazón...

El sagrado cadáver de Jesús queda en el más Santo de los Sepulcros.

*Ya puede decir la tierra
que tuvo el cielo enterrado.
Y que lo sepan los hombres,
que estuvo el edén tan bajo
que, si lo quieren, lo tienen
al alcance de sus manos.*

Y María se quedó vacía y sola al pie de la cruz vacía, resignada y sola en el Calvario, en su sola soledad, reina de las soledades... abismada en sus pensamientos y recuerdos.

¿Dónde, como aquí, se dan soledades tan conmovedoras?

Yo quisiera ser el eco de aquél amor ferviente y antiguo del pueblo de Granada, que con sus donativos, hizo posible tu coronación devocional y litúrgica, señora del barrio del Boquerón, en el viejo monasterio de Santa Paula. ¿Por qué no darle categoría de Canónica a aquella Coronación?

.....

*Enhiesta y crucificada,
color de nardo la piel.
En el pecho el hueco aquél
que vacío parecía.
No me lo cierres, María,
que quiero encerrarme en él,
que quiero encerrarme y ver
todo lo que tú veías.
Sé tú mi madre, María,
como lo quería Él.*

(de Estabat Mater. Mercedes Marcos Sánchez)

.....
*Reina en silencioso llanto,
mi madre dolorosa,
la más pura y hermosa,
Señora del quebranto.*

*Por mi culpa, tu Amargura,
María del Dulce Nombre,
y tu inmensa Soledad.
¡Qué mal hijo y que mal hombre!
¡Quién me podrá perdonar?*

*¿Acaso Tú, mi Señor,
arrodillado y Orante,
Despojado de tu honor,
Misericordia colgante?*

*Yo te puse en esa suerte,
pero estoy arrepentido.
Te suplico, y no te miento,
Cristo del Descendimiento,
¡déjame llorar su muerte!
¡Déjame sufrir contigo!*

Y he aquí que, cuando de regreso, la reina de las Angustias atraviese las puertas del recinto palatino donde mora, mientras suenan en el recuerdo las notas de la Madrugá que Salvador Sánchez desgranó sobre las teclas de un piano, la piedra ya habrá sido recorrida y repicarán jubilosas las campanas anunciadoras de un alba definitiva y diáfana

*

“...ha resucitado” (Lc 24, 6)

Excesivamente centrados en el sufrimiento de la pasión y en la dura verdad de la muerte, los cofrades y creyentes quizás hemos devaluado el esencial mensaje de la Resurrección, el grandioso misterio que da pleno sentido a nuestra fe cristiana, el eje sobre el que aquella gravita y su indestructible fuerza. Si Cristo no hubiera resucitado, todo, Él, su vida, su misión, su obra y su sacrificio habría sido un fracaso estéril, y se habría difuminado, o incluso olvidado, en el maremágnum de historias de la historia. Y no existiría ni tendría razón de ser nuestra Semana Santa.

El Padre, que no quiso la muerte de su Hijo, que no exigió su sacrificio, sí acepta lo uno y lo otro, las consecuencias de su acción liberadora. Por eso resucitó a Jesús: porque tuvo razón. Y así quedó legitimado y constituido único Señor y Salvador. Por eso esta es nuestra gran fiesta. La fiesta de la alegría total.

*Señor, ya estás en pie.
Ya tu presencia ocupa el centro de la Historia.
Ya eres Cristo total.
Eterna Pascua por derecho de Resurrección.
Él nos envuelve en la Alegría del mundo;
en la vida que no pasa;
en la ternura inmensa de tantas cosas bellas
que rodean el caminar del hombre:
un cántico, una flor, una mirada...
Todo es vida, Señor;
todo es luz,
todo es gracia,
todo es Dios...
Cristo nos envuelve en su Pascua.*

(Y al tercer día resucitó. J.L. Ortíz de Lanzagorta)

El Divino Infante, el que tiene por Dulce Nombre Jesús, juguetea a Semana Santa por la plaza de Santo Domingo. Hasta que, a eso de media mañana, toma su cruz y, con su túnica resplandeciente, sube a las andas. En torno suyo, el chiquillerío hace sonar las campanillas de barro, glorioso anuncio de la Resurrección. En la inocencia entusiasta, ellos muestran la Verdad de su fe limpia.

Tal vez sean los mismos que durante toda la semana han monaguilleado en sus cofradías. Entre alegría y algazara, lo llevan sobre sus hombros compartiendo el peso de su paso chico. Quiera Dios que no nos falte nunca el hondo regocijo de esta apoteosis de sencillez y candor, bendito semillero impagable de futuro.

Bajo un almendro florido, como la vara de Aarón, símbolo, no solo de la pureza, sino también del paso de la vida terrena a la vida celestial, vemos a Cristo Resucitado,

Pregón Oficial

pleno de gloria. Viviente para siempre venido de Arabial al Sagrario, que más propio y mejor lugar no cabe, sale desnudo y puro, en la mañana cristalina del gran Domingo, como un sol immaculado. Contéplanlo, extasiada, Magdalena; testigo y fedatario, Juan, el amado; alborozada, María, la madre.

*Cristo desclavado del madero,
en pie sobre toda la tierra,
vivo para siempre y verdadero.*

.....

*¿Qué buscas con tanta prisa?
¿Qué persigues con tus ojos
que envidia la luz del día?
¿Por qué en tu rostro esa risa?
¡Ah! ya lo entiendo, Madre mía.
Tu Hijo, el Resucitado,
es causa de tu Alegría.*

Los Vergeles levantan a todo gozo el clamor de un inmenso aleluya coral en la mañana celestizada, en el aire angelizado del primer día de la semana, del día inaugural de la nueva historia entre Dios y el hombre. En torno a su Señor Glorioso, asombro de la blancura y resplandor de la gloria del Padre.

*-¿Dónde estás, Resucitado?
-En la lluvia y en la flor,
en el gozo y en la pena,
y en el beso del amor.
-¿dónde estás, Resucitado
si a mis manos no te llegas?
-Cierra los ojos de carne
y abre el alma a la Promesa.
-¿Dónde estás, suplico, Amigo?
-En la noche de la espera,
en el alba de la vida,
en el viento de la sierra,
en la tarde despoblada,
en el sueño que no sueña,
en la niña enamorada,
en el hambre desgarrada
y en el pan para la mesa,
en el hombre que me busca
y en aquél que se me aleja,*

en el canto del hogar
y en el llanto de la guerra,
en el gozo compartido
y en la aislada amarga pena,
en la calle de los hombres
y en la puerta
solitaria de los niños
que nada ni nadie esperan,
en el silencio sellado
y en el grito de protesta,
y en la muerte que se acerca,
en la luz de la otra orilla
y en mi Amor como respuesta.
¿Que dónde estoy me preguntas?

Vivo y camino en la tierra,
peregrino hacia Emaús,
para sentarme a tu mesa,
que al partir el nuevo pan
descubrirás mi Presencia.

¿Que dónde estoy me preguntas?

Estoy aquí, con vosotros,
con el alma en flor despierta
en esta Pascua de amor
galopando por las venas
de vuestra sangre empapada
de un Dios que vive y que sueña.

¿Que dónde estoy me preguntas?

Desnúdate a la sorpresa,
abre los ojos y mira
hacia dentro y hacia afuera,
que en el lagar del dolor
y en la noria del amor,
yo, tu Dios, llamo a la puerta.

¿Que dónde estoy me preguntas?

Resucitado a tu vera.
Grita conmigo ¡Aleluya!
Ha merecido la pena.
Seréis testigos, amigos,
de una verdad verdadera:
Resucité del sepulcro
y el cielo se hizo tierra.

¿que dónde estoy, me preguntas?

En tu vida es la respuesta

(Diálogo de Resurrección. Antonio Bellido Almeida)

Y tras el Señor de la Resurrección, bajo su alegre palio de claridad y aleluyas repujados y bordados, toda gracia y dulzura, la madre Inmaculada, de albor casi transparente.

*

Y María...

*No me he olvidado, no.
¿Cómo olvidarme de ella?
Sin ella no hubiera sido
posible esta historia bella.*

*Desde antes de los tiempos
por Dios fue predestinada
para ser madre del Verbo,
y Virgen Inmaculada.*

*En su Pura Concepción,
según se lee en un escrito,
ya sintió en sí los Dolores
por su Hijo Jesucristo.*

*Luego fue consentidora,
en la santa Anunciación,
de dar carne y sangre
a Dios en su Encarnación.*

*Con aquel "sí", en Esperanza
del mundo se convirtió.
Y con la llena de Gracia
llegó la Consolación.*

*Floreció la Caridad,
Misericordia brotó,
la Salud volvió a este mundo,
nueva Luz lo iluminó.*

En sus entrañas benditas
la Salvación se gestó.
Por eso ella fue Aurora
y Estrella de redención.

Generosa fue su entrega,
total su disposición.
Por su Merced sufriría
Penas y Mayor Dolor.

Angustias y Soledad,
Lágrimas en noche oscura.
En pago a su Compasión,
más Dolores y Amargura.

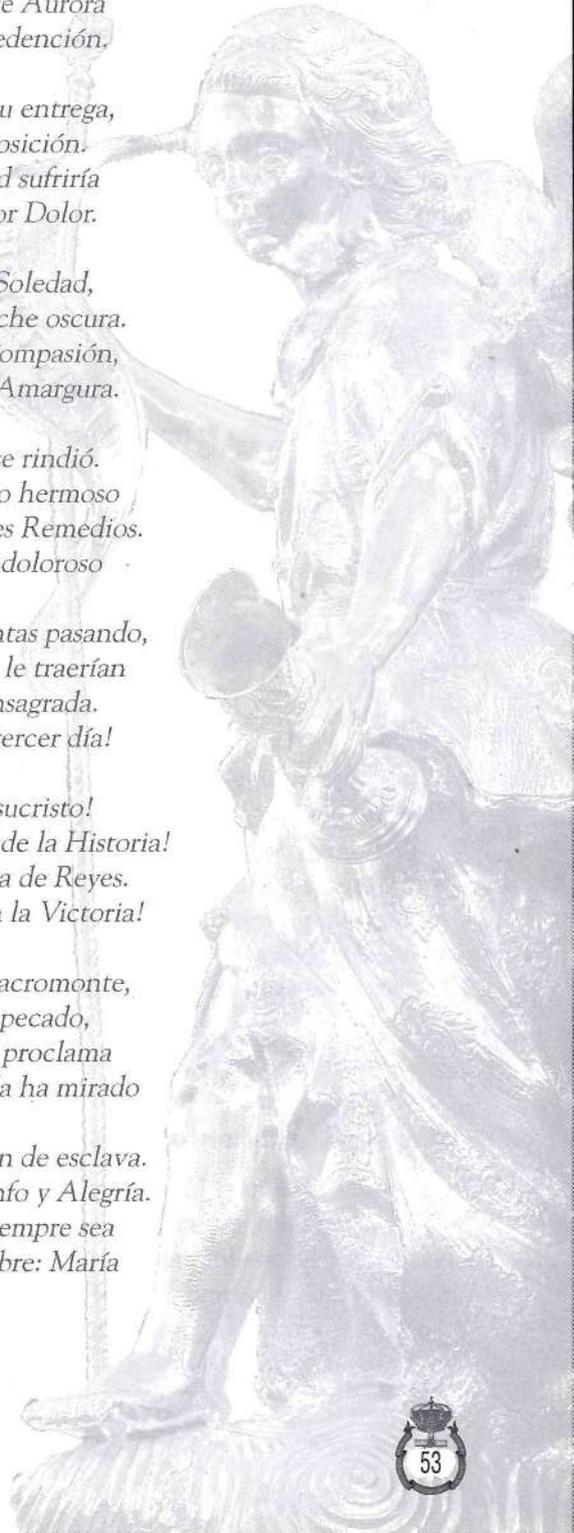
Pero ella no se rindió.
Amor y Trabajo hermoso
fueron sus grandes Remedios.
Y un Rosario doloroso

Que al ir sus cuentas pasando,
Consuelo y Paz le traerían
a su alma consagrada.
¡Amanece el tercer día!

¡Resucitó Jesucristo!
¡Ya es Rey y Señor de la Historia!
Su madre, Reina de Reyes.
¡Suya es también la Victoria!

La Virgen del Sacromonte,
intocada de pecado,
las Maravillas proclama
de un Dios que la ha mirado

En su humillación de esclava.
Toda ella es Triunfo y Alegría.
Bendito por siempre sea
su Dulce Nombre: María



Pregón Oficial

A tus plantas, Madre, dejo mi pasado, mi presente y mi futuro, y los de quienes conmigo recorren la vida. El recuerdo de quienes por ella se cruzaron y ya partieron. En tus manos pongo las esperanzas e inquietudes de todos tus hijos. Los que te amamos con nuestros corazones humanos, enteros o partidos, henchidos de amor o de amor rotos, las familias unidas y las que se han desecho. En particular por quienes han sufrido por esta causa te pido. Tú sabrás estar cerca de sus miembros, especialmente de los hijos. Te pido por esas madres y padres coraje que conocemos, modelos admirables de entrega en el amor, ejemplo para tantos. Que no les fallen las fuerzas ni les falte nuestra solidaridad y cariño. Tú, madre, y nosotros, todos hermanos.

Te suplico, Señora nuestra, que nos mires con ternura, que nos guíes, protejas y ayudes siempre con tu amor hermoso.

*

*Si te seguí en tu Vía Dolorosa
tras la huella de un pobre condenado,
hoy te quiero seguir, Resucitado,
cantando por tu Vía Luminosa.*

*Quiero ser alegría contagiosa
de todo aquel que pase por mi lado.*

*Cantar un aleluya prolongado
que borre la memoria de la fosa.*

Ojalá que la fiesta y la celebración de un hecho histórico y dramático, iluminado finalmente por la experiencia de la Resurrección de Cristo y su mensaje de Salvación y Vida Eterna, no nos haga olvidar que, en esta vida nuestra terrenal, aún hay flagelados, despojados, crucificados y dolorosas que siguen derramando sangre y lágrimas por tanto despropósito humano, y nos impulse a vivir los valores que aquel hombre-Dios, al que tacharon de loco, y que careció de cualquier justicia de los hombres, nos dejó con su ejemplo de vida y muerte.

-Hermanas y hermanos costaleros, ¡ponerse al palo, y atentos a la "llamá"!

Debajo del paso, tras los respiraderos y los faldones, donde nadie los ve, oliendo a sudor y a arpillera, esforzados hombres o mujeres, en la mayoría de los casos, amigos entrañables, abrazados entre sí, igualados por sus estaturas, sobre la cerviz o los hombros soportan el enorme peso de los pasos en su acompasado y medido ritmo al andar. Alegres sus corazones penitentes, rezan con los pies y con la mente, en una profesión de fe esforzada y sin palabras.

Ellos son los artífices del milagro por el que Cristo y María caminan por nuestras calles. Y lo hacen con ritmo medido y sobria finura, con gracia sutil y justa elegancia, como corresponde a Dios y a su bendita madre. Tal y como enseñaron indiscutibles maestros de la costalería; “Antoñín”, siempre en nuestro corazón, Pepe Calvajar, los Antonios Méndez y Cappa, García Román, “Chico Barrales” y Navajas, Paco Toro, el entrañable “Wily” o José Luis Peña.

Hoy, al frente de de esos fastuosos altares caminantes, la distinción y la solvencia de Dioni Martínez, Alberto Ortega, Miguel García Almagro, Gerardo Sabador o el eterno enamorado de la linda Victoria, José Manuel Rodríguez Quesada, que en cada llamada hace una declaración de amor a su Virgen. También son muchos más, pero en los nombrados vais todos y todas representados, os lo aseguro. Pues a todos os pregunto:

-¿estáis puestos?. Esta “levantá” del grande y prodigioso paso de nuestra Semana Santa va por “toa Graná”. ¡“Toos” por igual! ¡con el alma y el corazón, valientes! ¡Nos vamos de frente, y que sea lo que Dios quiera! ¡A esta es!

¡He dicho!

José Cecilio Cabello Velasco

Gloria Dei vivens homo; vita autem hominis visio Deo

(La gloria de Dios es el hombre viviente; la visión de Dios, la vida del hombre)

En Granada, a 14 días del mes de febrero del Año Santo
de la Misericordia de MMXVI.



Este pregón se terminó de imprimir
el día 17 de febrero de 2016, Festividad de San Rómulo
en los talleres de Gráficas Zaidín.

Su edición estuvo a cargo de la

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SAMANA SANTA DE LA CIUDAD DE GRANADA**

sita en Plaza de los Lobos, 12

(Centro Ágora)

18002 - GRANADA

Tel: 958 80 49 97

www.hermandadesdegranada.org



**REAL FEDERACIÓN DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SAMANA SANTA DE
LA CIUDAD DE GRANADA**